

BOLSIBROS BRUJERA

PUNTO

ROJO

crimen sin huella

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



CRIMEN SIN HUELLA

PR Nº 520

Autor: Vic Logan

UUID: aca7da7b-9951-4938-bd99-cc3913156b19

Generado con: QualityEbook v0.78

CAPÍTULO PRIMERO

SAN FRANCISCO, la noche del 14 al 15 de julio

El almacén estaba completamente a oscuras. Olía a gasolina, a aceite de coches y herrumbre.

Alguien parecía moverse a pesar de querer disimular sus pisadas. De pronto los focos se encendieron deslumbrando por completo al hombre que se hallaba de espaldas a la pared.

Era un hombre de unos treinta años con aspecto de ser buen conocedor de la vida, del mundo, de la gente y no precisamente de las mejores personas.

—No hagas ningún movimiento, Dan. Te estamos encañonando.

De las sombras surgieron dos individuos de buena estatura, superior a la de Dan, que sobrepasaba el metro ochenta y su peso en boxeo hubiera sido calificado en la categoría de los semipesados.

Los dos tipos intentaron sujetarle, pero Dan no dio facilidades de ninguna clase.

—Conozco el truco, pero conmigo no podréis —espetó y se revolvió felinamente contra uno de los dos individuos para soltarle un buen directo que le tumbó sobre el sucio suelo del almacén.

Inmediatamente se encaró con el otro para «parar» el golpe que trataba de colocarle en el estómago y que pudo evitar pasando enseguida al ataque.

Un gancho alejó al segundo de sus enemigos, pero enseguida y de detrás de los focos, apareció un tercer hombre.

Era el que había conectado los faros del camino que ahora le cegaban.

Dan trató de dirigirse hacia la zona oscura, pero el tercer

individuo, otro peso pesado como los anteriormente derribados se lanzó como un jugador de rugby contra el rival que escapa con la pelota.

Dan cayó, pero evitó que el otro pudiera hacer uso de su momentánea ventaja, levantándose rápidamente.

El nuevo rival de Dan esgrimió una «pose» de karate y pasó al ataque, pero Dan, conocedor de aquel tipo de lucha, efectuó la contrallave librándose de su rival, pero ya tenía encima a los otros dos.

La voz de un cuarto hombre atosigó a los que trataban de acorralar a Dan:

—Vamos, vamos. Es un hombre solo. No vamos a estar aquí toda la noche.

Uno de los rivales de Dan había conseguido sujetarle por un brazo, pero revolviéndose y con precisa llave, lo volteó lanzándolo contra el suelo.

El otro le atacó por detrás logrando retorcerle el brazo a la espalda con toda la brutalidad de que era capaz.

—Cuidado, cuidado —decía la voz del cuarto hombre que parecía el jefe del trío dispuesto a sacudir a Dan—. No quiero señales.

—¡Le rompería el brazo para que aprendiera modales! —masculló el que le tenía sujeto por la espalda.

Apareció el número tres y se encaró con él.

—¿Con quién crees que estás tratando?

Dan jadeaba. No podía moverse demasiado porque el otro seguía castigándole el brazo y cualquier movimiento brusco significaría la rotura de la extremidad.

El que le hablaba intentó golpearle, y aplicó su diestra contra el abdomen de Dan, pero hizo la necesaria contracción para aguantar el golpe y con un esfuerzo contraatacó soltando la pierna derecha que alcanzó la rodilla de su antagonista.

Soltando un grito el así castigado cayó de espaldas contra el suelo sujetándose la parte dolorida.

Dan aprovechó entonces una ligera vacilación del que le aguantaba el brazo para practicar una contrallave y voltear a su otro enemigo que lanzó contra el que ya se acercaba para probar suerte.

Dan dominaba la situación, pero todo cambió cuando el cuarto hombre, que sólo intervenía para dejar oír su voz, hizo un sonido característico con la pistola que sujetaba.

—Cuidado, detective barato... Mi juguete tiene silenciador... Nadie se va a enterar cuando te deje como un colador.

Y el de la pistola avanzó. La luz de los focos del camión le cogieron de refilón y quedó siluetado.

Su rostro era inconfundible. Nariz prominente y ligeramente aguileña, enjuto el rostro y salientes los pómulos. Cubría la cabeza con un sombrero de verano dejando ver a los lados un pelo grisáceo en las sienes. El hombre vestía con elegancia, traje de alpaca de buen corte, impecable, zapatos blancos inmaculados, camisa blanca también y corbata oscura.

Contrastaba con el atuendo deportivo de Dan, que utilizaba pantalón liviano y un *niky* sin mangas y calzaba sandalias.

La amenaza del hombre bien trajeado paralizó los movimientos de Dan que, sin embargo, previno:

—Cuidado, Medina. No se pase de listo... Todavía no han abolido la pena de muerte en California, y tenemos una bonita cámara de gas en San Quintín.

—Si te agujereo nadie va a saber quién ha sido.

—¿Qué le va a decir al teniente esta vez, Medina?

—No juegues conmigo, Dan. Sabes que soy más fuerte y has querido desafiarme...

Los otros, ya repuestos, iban cercándole y Dan retrocedía ante la amenaza del revólver.

—No disparará usted, Medina.

—Lo haré si vuelves a tocar a uno de mis amigos.

—Usted nunca ha sabido elegir amigos.

—¡Sujetadle! —ordenó el llamado Medina.

Dan intentó desasirse de los tres pares de brazos que querían reducirle. No era fácil de amedrentar ni de entregarse. Soltaba los puños y las piernas, tratando de alejar a sus enemigos, pero al fin la superioridad consiguió la victoria y Dan quedó bien asido e imposibilitado de realizar movimiento alguno.

Medina se aproximó:

—Ahora quiero que me escuches bien, muchacho... No vuelvas a acercarte a mi esposa... ¿Lo has entendido?

—Su esposa es cliente mía. Y yo nunca suelto a un cliente. Es mi norma de trabajo. Debería saberlo.

—Maida te paga para que metas tus sucias narices en mi vida, y eso no lo consiento.

—Entonces dígaselo a ella, Medina, aunque parece que toda su organización le teme. ¿Qué le pasa? A su edad y todavía necesita del dinero de su esposa... ¡Vamos, vamos, Medina! —Dan chasqueó la lengua burlón sin importarle su posición ante aquel hombre.

—Dale, Fulton —exclamó Medina.

Fulton era el peso pesado número tres. El que había salido de detrás del camión. Un tipo de cabellera abundante, peinada hacia la frente que a pesar de sus poses poco varoniles sabía pegar como pocos y justo donde más vulnerable era el cuerpo.

Dan encajó el golpe y escupió.

—Un día tendremos una conversación privada tú y yo, Fulton.

—¡Dale otra vez!

Fulton no se hizo repetir la orden y golpeó dos veces el bajo vientre de Dan.

—Esto te hará recapacitar, muchacho. En adelante quiero que pienses que es muy peligroso ponerse en mi camino. Los hombres como tú son muy poca cosa para mí...

—¿Entonces por qué necesita tantos guardaespaldas?

—¿Me has entendido, estúpido? Vamos, Fulton, haz que lo entienda.

De nuevo el del cabello hacia la cara lanzó sus puños contra el indefenso Dan que forzosamente tenía que acusar aquellos bárbaros impactos, siempre dirigidos al mismo sitio.

—Acabe conmigo, Medina. Diga a sus gorilas que me maten, porque de lo contrario esto le va a costar muy caro.

—No le pegas suficientemente fuerte, Fulton —cortó Medina.

Y Fulton tomó impulso para endilgar un nuevo directo a Dan. Pero esta vez el detective había calculado todos y cada uno de los movimientos que tenía que hacer y apoyándose en los mismos que le sujetaban se levantó a plomo y soltó ambos pies hacia adelante.

La doble patada alcanzó el rostro de Fulton que fue a parar contra uno de los faros del camión que se hizo añicos. La bombilla estalló y a partir de aquel momento quedó un solo foco encendido.

La leve duda entre los dos mastodontes que le sujetaban fue

aprovechada por Dan para desasirse y entonces, ya sin contemplaciones y utilizando la pierna, pateó a uno para pegarle salvajemente al abdomen y acabar mandándolo contra el otro faro que seguía encendido.

Al romperse la segunda bombilla el almacén quedó otra vez a oscuras y la pelea continuó.

Cada uno de los contendientes procuraba aclimatarse a las tinieblas, mientras todos intentaban alcanzarse. Ello originó que sin querer los enemigos de Dan en un par de ocasiones se golpearan entre sí.

—Cuidado, imbécil, soy yo —masculló la voz de Fulton que se había repuesto.

Fulton encendió seguidamente una linterna, pero ignoraba cuán cerca de él estaba Dan. Lo supo cuando vio el puño del detective avanzar vertiginoso y brutal hacia su rostro. Cayó dándose contra el duro suelo.

Otro de los gigantes, cansado y jadeante, intentó alcanzar a Dan que tras esquivar le proporcionó dos buenos ganchos contundentes y precisos.

Fulton seguía en el suelo y el segundo de los caídos también estaba bastante mermado de facultades.

Quedaba otro que esgrimía una barra de hierro que había encontrado en el camión.

Dan esquivó por dos veces la pegada y a continuación pudo agarrar a su enemigo con una buena llave que le permitió dar dos vueltas con el tipo a cuestas para lanzarlo contra el suelo.

Medina había corrido hacia el coche situado cerca de una de las puertas. Era uno de sus automóviles particulares con el que pretendía huir.

Al dar las luces, Dan lo advirtió y corrió hacia el vehículo.

Medina trató de arrancar en el momento en que Dan abría la portezuela. Medina trató de cerrarla ya con el coche en marcha, pero Dan, entonces, aprovechó para tirar con fuerza del brazo del otro y consiguió arrancarlo del volante.

Medina cayó al suelo mientras el auto, sin nadie dentro, terminaba chocando contra la pared más próxima después de recorrer una docena escasa de metros.

Medina trató de incorporarse y se vio ayudado por Dan, pero no

para favorecerle precisamente.

—Ahora estamos casi solos, Medina... Y quiero saber si eres tan fuerte...

—Suéltame, Dan, o te vas a acord...

Antes de concluir la frase el *smash* de Dan lo había lanzado contra el suelo.

Y el propio Dan volvía a levantarlo para continuar golpeándole brutalmente la cara con la mano.

—Voy a hacer que tus mejillas tengan color por una buena temporada.

Y una y otra vez le pegaba de modo salvaje, como habían hecho con él anteriormente.

—Yo también tengo mis métodos, Medina... Y consisten en no consentir que nadie se mezcle en mi trabajo.

Le golpeó dos veces más al abdomen.

Medina era buen deportista y atlético, pero Dan era demasiado contrincante para él.

—A mí no me importa dejarte marcas. ¿Comprendes, bastardo? Yo no me oculto. Doy la cara.

Los otros tres comenzaban a dar señales de vida, pero sin estar del todo preparados para reanudar la lucha.

Dan dio el último golpe a su antagonista que ya era sólo un guiñapo.

El traje estaba pringoso por la grasa que había empapado en sus repetidas caídas. Los anteriormente immaculados zapatos ahora aparecían sucios, manchados, igual que la camisa y la cara.

Hecho un grotesco monigote, Medina quedó sentado en el suelo sin más conciencia de lo que había ocurrido que el dolor que sentía en su cuerpo a causa de los golpes recibidos de Dan.

El detective se alejó. Salió a la calle y aspiró el aire inconfundible de los puertos marítimos.

Cruzó el muelle, porque el almacén estaba allí y se dirigió a su coche. Un «Ford» de fabricación bastante antigua, pero potente y rápido.

Se alejó al volante de su automóvil y media hora más tarde estaba en su casa. Allí en la colina con una vista panorámica sobre la ciudad cuyas luces se iban apagando poco a poco.

Tras prepararse un whisky se sentó en su rincón favorito, en una

butaca baja y frente a una mesa que prácticamente le servía de escritorio. Allí leía, escribía, resolvía crucigramas y pensaba cuando salía de su oficina.

En aquel instante, Dan Sorenson dejó sus libros, los periódicos y la máquina portátil de escribir para dedicar toda su atención a una fotografía.

Era el retrato de una mujer, hermosa, a cuyo pie llevaba la dedicatoria:

«A mi querido detective particular.

» Laura.»

CAPÍTULO II

LOS Ángeles, día siguiente a las nueve de la mañana

La mujer era hermosa y llamativa.

Las gafas oscuras de grandes cristales ocultaban sus ojos y eso la hacía más llamativa, más enigmática.

Luego su vestido que ceñía perfectamente las curvas de su cuerpo y la falda atrevidamente corta, moderna, que le permitía lucir unas piernas bien modeladas, contribuían a realzar su belleza.

El hombre que la acompañaba exclamó:

—Démonos prisa, Laura. La convención empieza dentro de dos horas y tenemos que cruzar toda la ciudad.

—Iré a la consigna —repuso ella.

—De acuerdo. Voy a por el coche. Confío en que lo hayan traído.

Y el hombre que acompañaba a Laura saludó con la mano a un compañero de viaje del avión que desde San Diego les había llevado a Los Ángeles.

—Adiós, amigo, y suerte.

—Adiós —se limitó a decir Laura mezclándose entre la gente.

Un mozo había dejado dos maletas de viaje y un pequeño maletín sobre el mostrador de la consigna.

—¿Prefiere la consigna automática? —inquirió el mozo.

—No, no. Una vez perdí la llave y me costó mucho recuperar mi equipaje. Dese prisa.

El encargado tomó las maletas y las guardó mientras ella salía corriendo hacia fuera.

El hombre estaba ya al volante de un coche alquilado.

—Menos mal que han cumplido lo prometido. Tendré que pisar a fondo. No quisiera llegar tarde por nada del mundo.

Laura, la muchacha de las grandes gafas oscuras y la falda mini, sonrió levemente.

—Estás muy seguro de todo.

—Yo siempre estoy seguro de lo que hago y este negocio no va a estropeármelo nadie.

—Ojalá sea así.

El hombre condujo a toda la velocidad que le fue posible debido al tráfico hasta llegar a la autopista.

Allí enfiló hacia la costa pisando a fondo.

El tráfico también era abundante, pero se podía correr.

Más adelante dejó la autopista para adentrarse más en la costa por una carretera que lindaba constantemente en los altos acantilados.

—El hotel está en la colina. Es un lugar muy agradable. Espero que te guste.

Laura no replicó.

El hombre, experto conductor, sorteó con pericia las constantes curvas hasta llegar a la cima.

Allí la mano del hombre había contribuido a embellecer la naturaleza.

Lo que en otro tiempo era montaña agreste, ahora se había convertido en un espléndido jardín, con césped bien cuidado y plantas de todas clases, flores abundantes y olorosas.

Más allá podía verse una de las cuatro piscinas con que contaba el edificio.

Era un hotel. Un hotel recién inaugurado y desde luego no asequible a todos los bolsillos.

El hombre rodeó la fuente monumental situada frente a la entrada y detuvo el automóvil al pie de la breve escalinata que daba acceso a la puerta central.

El edificio, aunque moderno y lujoso, conservaba un aire que oscilaba entre la moda de los años cuarenta y las más selectas tendencias de nuestra década de los setenta.

El portero, al pie del coche, abrió la portezuela para que Laura se apeara.

Dos mozos jóvenes aparecieron sin que aparentemente nadie los

hubiese llamado.

En realidad era el portero que desde su puesto y sirviéndose de diferentes timbres, llamaba a quien pudiera hacer falta en un momento determinado. Si llegaba un coche se precisaban mozos para descargar el equipaje.

El hombre saltó por la parte delantera y enseguida habló con el portero mientras Laura miraba alrededor suyo.

Todo era amplio, espacioso y a pesar de la considerable altura, olía a mar y hasta se oía el rumor de las olas.

Su acompañante se presentaba:

—Veo que todavía me sobra media hora. Soy Gary Powell. Me esperan para la reunión del grupo O'Banion.

—Puede pasar, señor. Han llegado otros caballeros. Están en el bar... ¿Trae equipaje, señor?

—No... Porque en realidad no pasaremos la noche aquí, mi hermana se ha empeñado en ir a Los Ángeles.

El portero se inclinó levemente y Gary se volvió hacia Laura que seguía observando el bien cuidado parque.

Entre el césped alguien estaba buscando encuadres para hacer fotografías.

El hombre tenía un aspecto raro, como si no fuera enteramente normal.

Desde su posición medio oculta enfocaba con su cámara a Laura, pero de cintura para abajo.

Parecía gustarle ver revolotear su corta falda empujada por el viento.

Y el fotógrafo reía como lo hubiese hecho un subnormal.

—Vamos, Laura, tomaremos algo en el bar. No te olvides del maletín.

—¿El maletín? —inquirió ella.

—Sí. ¿No lo habrás dejado en la consigna?

—Pues sí... Y lo siento, Gary. No me acordé de...

—¡Cielos! Traigo todos los documentos dentro... Y ahora ya no hay tiempo de ir a por él.

—La culpa es mía. Yo iré.

—¿Tú?

—Tú has estado hora y media, no veo por qué no puedo hacerlo yo. Supongo que antes de mostrar los documentos tendréis otras

cosas de que hablar.

—Claro, claro —repuso Gary con la preocupación reflejada en el rostro—. Pero ve con cuidado, Laura. Prefiero que llegues tarde. Las carreteras cada vez son más peligrosas.

Ella hizo un gesto como si quisiera decir: ¿Y qué puede sucederme?

Entró en el coche y se puso al volante

El extraño fotógrafo asomó un momento para verla mejor mientras Gary ascendía la escalera para entrar en el establecimiento.

En aquellos momentos un individuo con una pequeña cicatriz en la mejilla izquierda llamaba desde la habitación de un hotel de carretera, también en la parte de la costa, con la diferencia del de la colina que éste era bastante más modesto.

El individuo estaba diciendo a través del cable telefónico:

—Sí. Han llegado en el avión de San Diego...

La voz imprecisa preguntó:

—¿Eran ellos?

—Sí. Les he seguido hasta después del cruce. No hay duda de que se han dirigido al Palace Springs.

—Bien, bien... No creí que Powell fuese tan osado. Sigue donde estás.

El de la cicatriz asintió.

—De acuerdo, jefe.

—Y no te muevas. Te daré instrucciones.

—Sí, jefe.

Del otro lado del hilo colgaron. El de la cicatriz colgó también para asomar seguidamente a la amplia ventana, luego se tumbó en un diván y encendió un pitillo.

Y en Palace Springs, en la colina, había empezado la reunión que Gary juzgaba muy importante para él.

O'Banion presidía personalmente. O'Banion era uno de los principales accionistas del Palace Springs que formaba parte de una cadena de hoteles lujosos situados en los lugares más estratégicos y privilegiados del país.

Los directores de distintos departamentos daban cuenta a O'Banion de gestiones y problemas referentes a sus respectivos negocios y la reunión se prolongó.

Gary Powell, hasta entonces, había sido director de una de las sociedades. Pese a su juventud, puesto que sólo había alcanzado los treinta y cinco años, Gary, el hermano de Laura, había sabido escalar un lugar de privilegio pero aspiraba a más, a mucho más.

Eran casi las doce cuando O'Banion se dirigió a él.

—Bueno, Gary... He estudiado tu proposición. Me gusta y me agrada también que hayas acudido a mí.

—No podía irme a la competencia, señor O'Banion. Le debo mucho y yo no soy desagradecido...

—Déjate de darme coba. La detesto. Vayamos al grano... ¿Tienes los planos y los informes que solicité?

Gary consultó el reloj. Las doce y cinco.

—Espero que mi hermana los traiga de un momento a otro. Se quedaron en la consigna del aeropuerto.

—Deberías tener más cuidado con estas cosas, Gary. Es extraño en ti un descuido de esta clase. Sabes que mi tiempo es precioso.

—Bueno... Lo dejé todo en manos de mi hermana. Era muy tarde. El avión de San Diego salió con retraso.

—Cuántas excusas, Gary. En fin... Hablaremos de otros pormenores para ganar tiempo. Por ejemplo... ¿Has solucionado la parte económica?

—Sí, señor. Laura pone el cuarenta por ciento que me faltaba.

—Tú pones el once y yo debo poner el cuarenta y nueve restante... ¿Por qué no el cincuenta y uno?

Gary sonrió.

—Eres un zorro. Quieres independizarte, pero el asunto es bueno. Europa, si uno sabe elegir los lugares, es terreno inmejorable para hacer inversiones, y tú has sabido elegir muy bien el emplazamiento de esos hoteles. Italia, Grecia, España... Y en parajes privilegiados. Te auguro un gran éxito, Gary.

—Pero tenemos que damos prisa. El grupo Martino va detrás de lo mismo, y los propietarios no han dicho su última palabra, pero lo harán en cuanto vean el fajo de dólares.

—Pero tú tienes una opción.

—Pero la perderé si, llegado el plazo, no formalizo la compra. Pienso que si todo sale como espero, el próximo verano ya podré tener al menos un par de hoteles abiertos. Por supuesto, considérese invitado, señor O'Banion.

—Gracias, Gary, gracias, pero a todo esto... Los documentos no llegan.

Eran las doce y veinte minutos.

—Bueno. En Los Ángeles es muy difícil circular. El tráfico debe haber retrasado a mi hermana.

O'Banion hizo un gesto impaciente. No le gustaba esperar, y se preciaba de que él, con toda su omnipotencia, tampoco hacía esperar a nadie.

El reloj marcaba la una y Laura todavía no había regresado. Gary se levantó de la mesa con muestras de nerviosismo y miró a través del amplio ventanal.

O'Banion se excusó alegando que tenía que resolver otro asunto.

—Volveré cuando tu hermana haya regresado —dijo.

A la una y treinta minutos de la tarde, Laura seguía sin aparecer.

Ahora la impaciencia de Gary se había convertido ya en una visible angustia. Visible para los que estaban en la reunión, los consejeros y todos en general.

—¡Tiene que haberle ocurrido algo! —exclamó, sin poderse contener—. Tengo que averiguarlo. Excúseme ante el señor O'Banion, por favor.

Y Gary salió del salón para dirigirse a grandes zancadas al departamento de recepción.

—¿Saben si ha llamado mi hermana? Es Laura Powell.

El encargado negó con la cabeza, pero para mayor seguridad consultó con sus ayudantes.

La respuesta siguió siendo negativa. Ninguna Laura Powell había telefonado. Nadie sabía nada de ella.

CAPÍTULO III

SAN FRANCISCO, a la misma hora

El coche de la división de homicidios se detuvo frente a la casa del detective Dan Sorenson. De él se apeó el teniente Flomann, que subió rápidamente al piso de Dan.

El propio detective le abrió la puerta y comentó:

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Ahórrate preguntas tontas. Sabes que siempre sé lo que me interesa. —buen conocedor de la casa, entró caminando directamente hacia el salón, que sintetizaba lo que era la casa y la persona que la habitaba. Una persona, Dan, que no se perdía por mostrarse ordenado precisamente.

—Está bien, sabueso. Cuando te hayas acomodado suelta lo que has venido a decirme porque yo tengo prisa.

—Quería llamarte para que fueras tú a verme a mi despacho, con tu licencia ¿La tienes a mano?

—¿Qué pasa ahora, polizonte? ¿Es que nunca has visto mi licencia?

—Lo que me gustaría es no tener que volver a verla nunca más... Pero tengo que retenértela.

—¿Quién ha sido? ¿A qué clase de canalla has escuchado esta vez?

—Dan, te lo he advertido muchas veces. Tu defecto es siempre el mismo... Pierdes los estribos demasiado pronto. Si quieres pegar a alguien, procura que no haya testigos ni dejes marcas.

—Buen consejo...

—Mi consejo sería que te dedicaras a otra cosa. Eres demasiado

impulsivo. En la policía hubieras podido llegar muy alto, pero salías a problema diario.

—Odio a los criminales y pienso que en nuestro país o tenemos demasiadas leyes, o acaso nos faltan algunas.

—No te metas con las leyes ahora.

—Me meto con las que protegen a los criminales.

—Medina, oficialmente, es una persona respetable.

—¡Medina! ¿Ha sido este bastardo? ¡Y encima prefieres darle crédito sin importarte lo que yo tengo que decir!

—¿Tienes testigos de lo que ocurrió anoche?

—¿Anoche? ¿Testigos yo? Me citó en su garaje con tres tipos dentro esperando a que entrara. ¡Esos son mis testigos!

—Te hablo en serio.

—¡Y yo también! ¿De qué me acusa?

—Desperfectos, amenazas y daños corporales. Ha presentado una denuncia oficial, pero dice que tal vez se decida a retirarla si ve tu carnet sobre mi mesa.

—¿Y te dejas coaccionar?

—Trato de ayudarte, cabezota. Medina puede hacerte mucho daño si la denuncia prospera. Y yo no podré retenerla. Reflexiona, Dan... Has ido demasiado lejos.

—¡Entonces dime qué diablos tenía que hacer! ¿Dejarme vapulear por un degenerado y dos ex luchadores?

—¿Eran tres?

—Y él.

—¿Puedes probarlo?

—Qué tonterías dices a veces...

—El sí puede. El portero nocturno estaba allí y ha afirmado que le empujaste con violencia y entraste a pesar de habértelo prohibido.

—¿Y qué más ha inventado ese bastardo?

—Que dijiste delante del portero que era un cerdo y que a los tipos como él no valía la pena ni seguirlos; lo mejor era darles una buena paliza y arrojarlos al mar, y entonces empezaste a golpearle salvajemente y terminaste causando destrozos en un coche y un camión.

—Esto fue consecuencia de la pelea. Yo también recibí lo mío, y ese bastardo estaba pidiendo a gritos que le diera su merecido.

—¿Por qué ibas tras él?

—Porque me pagan.

—¿Quién?

—Su mujer. El dinero es suyo y sospecha que Medina le escamotea muchos beneficios. Eso, dicho así, parece tonto, pero la mujer sospecha algo más.

—¿Qué es?

—Secreto profesional.

—Si no confías en mí...

—La señora Medina también ha confiado, y con licencia o sin ella, yo nunca revelo el secreto. A eso le llamo ética.

—Está bien, está bien... Pero ahora tendrás tiempo de reflexionar. Dame la licencia.

—Esto es como quitarle el bastón a un ciego, y tú lo sabes. Sin licencia no puedo trabajar. Medina no quiere que husmeen en su vida y se vale de sus influencias... Lo que más me duele es que hombres como tú caigan en la trampa.

—Hay una acusación y un testigo, Dan —gritó el teniente Flomann.

—Entonces demuestra que mienten.

—¡Demuéstralo tú!

—Yo les denuncio por perjurios. Esto también lo castiga la ley.

—Yo no soy juez. Lo único que entra en mis funciones es dar curso a las denuncias, Dan, y averiguar lo que hay tras de ellas. Y hasta el momento, aunque te crea a ti, no dispongo de más pruebas que lo que dicen ellos.

Dan sonrió con asco.

—Yo me largué de la policía. Comprendí que no era con los criminales con los únicos que tenía que luchar, sino contra mis propios superiores... Y yo no deseaba ascensos y tú lo sabes. Me metí a policía porque detesto el crimen, porque quería luchar personalmente contra el hampa, contra tanto indeseable, contra los gangsters disfrazados de personas honorables como el propio Medina.

—Ese es tu mayor defecto. Acabas de decirlo, querías luchar personalmente... Y la nuestra no es una lucha personal.

—¡De acuerdo, polizonte! Ya no pertenezco al cuerpo, tengo un trabajo honrado y no me meto con nadie. ¡Pero que me dejen

tranquilo a mí!

—En el fondo tienes razón, pero yo no he hecho las leyes... Anda, tómate una temporada de descanso y dame la licencia; veré lo que consigo, y te prometo que te la devolveré tan pronto como esto quede arreglado... Pero entretanto no te metas en ningún lío, y ahora menos. Tendría que arrestarte.

Dan metió la mano en el bolsillo trasero del pantalón y sacó el documento que le pedía Flomann. Lo tiró sobre la mesa.

—¿Satisfecho?

Flomann lo guardó y miró alrededor. Su mirada se detuvo en la fotografía de la muchacha.

Era Laura, sin las gafas de sol, mostrando su rostro en un bonito primer plano.

—¿Por qué no vas unos días a San Diego? ¿Ella vive allí, no?

—Sí.

—Pues te convendría...

—Gracias por el consejo, pero no tendré que ir a San Diego. Seguramente vendrá mañana.

—¡Oh! Pues no desperdicies el tiempo. ¡Y cástate pronto, Dan! A veces es el mejor remedio para sentar la cabeza.

—¡Anda, lárgate ya!

—En serio, Dan... ¿Tú la quieres, verdad?

—Sí..., me gusta estar con ella, pero no podemos vernos mucho.

—Bueno, cástate entonces.

—Cuando lo haga será porque tengo la certeza de que yo voy a poder mantenerla. Es millonaria, ¿sabes? No es que yo esté acoplejado, pero espero a que las cosas rueden algo mejor... ¡Y tú me lo has puesto bien!

—Pero ganas bastante. Vives bien. Dicen que eres un detective caro.

—La verdad es que en mi profesión, si cobras barato, dicen que eres un «paquete». Por eso elevé las tarifas.

—Todo irá bien, ya verás... Pero mientras, diviértete con Laura, y dale recuerdos de mi parte si es que se acuerda de aquella vez que nos presentaste.

El policía agitó la mano en señal de despedida, y Dan, al quedar solo, sacudió la cabeza como queriendo decirse a sí mismo:

«Estoy bien arreglado por culpa de ese bastardo de Medina.»

Se sirvió un whisky y volvió a contemplar el retrato de Laura.

CAPÍTULO IV

DOS horas más tarde en Los Ángeles

—Sí, Laura Powell. Ese es el nombre... ¿Edad? Veinticuatro años... Vestía un traje estampado de verano, blanco, con dibujos azulados, y llevaba gafas de sol. Espero.

Era Gary, el hermano de Laura, que desde el hotel había empezado a llamar a los hospitales para saber si su hermana había sido víctima de algún accidente.

Colaboraba en la búsqueda el recepcionista y sus ayudantes por orden de O'Banion, que se mostraba igualmente muy interesado en lo ocurrido a la hermana de Gary.

Del otro lado del hilo contestaron al joven:

—No, señor. No hemos ingresado a ninguna persona con ese nombre.

Y Gary colgó para marcar a continuación el siguiente número.

Tampoco los recepcionistas habían logrado averiguar nada, pero continuaban la búsqueda.

A las seis de la tarde habían sido llamados ya todos los hospitales y puestos de socorro.

—Quedan las clínicas particulares —dijo el recepcionista jefe.

—No, amigo... Esto es ya cuestión de la policía. He perdido la esperanza.

O'Banion se aproximó.

—Vamos a tomar algo. No has probado bocado, ni siquiera has bebido, Gary. Nunca te había visto tan nervioso. Ya sé, ya sé que aprecias mucho a tu hermana... Lo demuestra lo que estás haciendo. Pero tú siempre has sido muy sereno e inteligente...

Reflexiona. Los nervios hay que saberlos dominar cuando hace falta. Cálmate ahora. Laura aparecerá.

Gary se dejó caer en uno de los confortables divanes del bar principal del hotel.

—¿Usted no la conocía, verdad, señor O'Banion? ¿No conocía a Laura?

—No la había visto nunca personalmente, aunque creo haberla invitado un par de veces en fiestas.

—Sí, es posible, pero ella no solía frecuentar fiestas. No le gustaban. Prefería la vida hogareña... Era una gran mujer.

—¿Por qué hablas como si ya no existiera? ¡Vamos, Gary! Pueden haber ocurrido muchas cosas... Por ejemplo, una avería en el coche.

—Habría tomado un taxi... Sabía que estaba esperando el maletín... ¡Dios mío! De repente se me ha ocurrido... Pero no... no puede ser.

—Vamos, Gary, si tienes alguna idea, suéltala. Cualquier pista puede servir.

El recepcionista apareció para informar.

—Ya he avisado a la policía. Han tomado nota.

—Es lo que suelen hacer en estos casos. Según las estadísticas, todos los días desaparecen docenas de personas de sus domicilios, y esto sólo aquí, en Los Ángeles.

—Señor O'Banion... Recuerda que le hablé del grupo Martino, ¿verdad?

—Sí. ¿Por qué?

—Es sólo una suposición, claro, pero... si tuvieran algo que ver... Ellos sabían lo de esta reunión y también que Laura y yo nos dirigíamos aquí.

—Pero..., ¿qué podría ganar Martino?

—¿No se da cuenta, O'Banion? Si mi hermana no aparece me quedo sin su aportación. Esto significa que pasado el plazo no podré hacer la operación. Perderé la opción y el grupo Martino podrá comprar libremente.

—¿Martino sabe que tu hermana aporta capital?

—Tal vez. Tiene espías por todas partes.

—De espías tenemos todos.

—Es lógico que Martino estuviera al corriente puesto que va

detrás de la misma operación.

—Entonces cabe en lo posible que hayan podido secuestrar a tu hermana. Pero esto es muy arriesgado. Si se llegara a descubrir los motivos, a Martino podría costarle años de cárcel... No, no... Un secuestro, no... Además, si él va detrás del asunto, sabe que tú te asocias conmigo y no ignora que soy más fuerte que él.

—Bueno, con usted no competiría, pero conmigo sí. Yo soy un advenedizo que le he pasado delante.

—Confiemos en que no sea nada de todo esto. Me ocuparé personalmente del asunto... Conozco a cierto capitán de la metropolitana. Me pondré en contacto con él para que acelere el asunto...

* * *

A las diez de la noche, un coche patrulla, precediendo al del capitán Scott, se detenía ante el hotel.

Scott, junto al jefe del coche patrulla, hablaron con Gary y el propio O'Banion, que había cancelado sus compromisos para llegar hasta el final de la cuestión.

—Hemos encontrado el coche —dijo Scott—. Sheldon, de la patrulla. Él le explicará por el camino, porque será mejor que lo vea usted mismo, señor Powell.

—Pero, ¿y mi hermana?

—De su hermana no sabemos nada.

—¿Y el coche? ¿Ha sufrido algún accidente?

Apenas cinco minutos después, el propio Gary podía comprobar que el automóvil alquilado y que él mismo recogió al bajar del avión en Los Ángeles era el mismo que ahora estaba allí, en un desvío de la carretera secundaria, junto a uno de los abundantes acantilados.

El coche estaba intacto, funcionaba, pero no había el menos rastro de Laura, ni tampoco existía señal de violencia alguna.

—No hay manchas de sangre, visibles al menos, todo está en orden. No obstante —siguió informando el capitán—, el automóvil será enviado al laboratorio para que los técnicos digan la última palabra.

—No comprendo lo que puede haber ocurrido— murmuró Gary. El policía le interrumpió.

—Hemos hecho la comprobación en la consigna de equipajes del

aeropuerto. Su hermana no llegó a recoger el maletín. Lo cual parece demostrar, en principio, que ni siquiera llegó a la ciudad.

—¿Por qué se desvió? Ella sabía que esos documentos eran muy importantes...

—Tal vez pensó que podía perder unos minutos mirando el paisaje...

—No, capitán. Si se desvió fue por indicación de alguien. De esto estoy seguro —atajó Gary.

—De todos modos, he dado orden para que sea rastreada toda la zona.

—¿Insinúa que...? —empezó Gary.

—Mire, señor Powell... En estos contornos el panorama es realmente hermoso, pero tiene sus peligros. Ese acantilado mismo. Ahora no puede verlo porque está oscuro, pero mañana ya verá que no es tan difícil caerse.

Gary encendió un cigarrillo y aspiró nerviosamente tres veces, exhalando otras tantas bocanadas de humo.

O'Banion, presente también en la escena, pasó una mano por el hombro de Gary.

—El capitán no pretende alarmarte, pero tienes que hacer lo que dice. Ya ves que se toman el máximo interés.

—Volvamos al hotel... Si tienen habitaciones, prefiero ocupar una. No para dormir, porque esto me va a ser imposible, y usted, capitán, se lo ruego, en cuanto sepa algo nuevo...

—Descuide, señor Powell. Le tendremos al corriente.

El joven se alejó. O'Banion le había acompañado con su propio coche y ahora se disponía a llevarlo consigo de regreso.

—No lo comprendo... Ella no se desvió por capricho, me dejaría cortar una mano.

—¿Quién puede haberla llamado? Tendría que ser una persona conocida.

—Sí, claro, aunque...

—¿Qué?

—No sé... ¡Pudieron suceder tantas cosas!

—¿Sigues pensando en un secuestro?

—Ahora pienso en lo peor. Incluso que... que puede estar muerta...

—Eso no beneficiaría a Martino.

—¿Por qué no?

—¿Es que no heredarías tú los bienes de tu hermana?

—Sí, desde luego. Me consta que ella lo puso todo a mi nombre. Es decir, soy su heredero universal, pero para demostrar que ella ha muerto se necesita su cadáver. Mientras no aparezca, yo no cobraré un céntimo.

—Bueno, no hay que ponerse en lo peor. Estamos hablando y hablando, y nosotros mismos lo ponemos todo más feo... Ten confianza. A menudo los misterios más grandes tienen la explicación más sencilla. Ahora sigue mi consejo. Toma un buen trago e intenta descansar... ¿O acaso tienes algo que hacer en el centro?

—No. Lo que sí haré es telefonear a Dan.

—¿Dan?

—Es el novio de Laura. Bueno... No sé si están prometidos o no, pero a ella le gusta y se escriben a menudo. Laura pensaba ir a verle mañana. Es detective y trabaja en San Francisco.

—¿Detective? ¿De la policía?

—No, no. Es detective privado —aclaró Gary.

O'Banion entornó los ojos y adoptó una actitud pensativa.

—¿Por qué no esperas a llamarle cuando el asunto esté un poco más claro? Ahora sólo conseguirás alarmar al pobre muchacho.

—Tiene que saberlo, señor O'Banion. Dan tiene el genio muy vivo. Creo que se pondría furioso si aguardara a decírselo.

—Bueno... Pero te sugiero que si viene... le adviertas que no meta las narices en el caso. Los detectives son curiosos por naturaleza y yo conozco bien al capitán. Ha tomado el asunto personalmente y no le gusta que nadie se entrometa.

—Sí, claro, es lógico.

Habían llegado ya al hotel, y lo primero que hizo Gary fue dirigirse directamente al teléfono.

Pidió conferencia con San Francisco, directa con el teléfono del domicilio privado de Dan.

CAPÍTULO V

LOS Ángeles a la una de la madrugada

Durante el trayecto aéreo entre San Francisco y Los Ángeles, Dan sentía repiquetear en su mente las palabras que Gary pronunció por teléfono:

«Laura ha desaparecido. La policía ha comenzado a investigar...»

La noticia le cogió tan de sorpresa que apenas supo qué contestar.

«Laura ha desaparecido...»

Sólo tuvo tiempo de colgar, preparar una maleta con lo más indispensable y correr hacia el aeropuerto. Bueno... Antes había vuelto a ver al teniente Flomann, que le advirtió:

—Lamento lo de Laura, pero cuidado, Dan. No te metas en líos. Tu situación es delicada ahora. Más de lo que piensas. Precisamente vine para advertírtelo... Medina no quiere retirar la denuncia. Tendrás que comparecer ante el juez.

—Nada ni nadie me impedirá que ahora mismo vaya al aeropuerto y tome el primer avión. Así que ahórrate tus sermones.

—Yo sólo te he aconsejado que no te metas en líos. Si alguien pone una nueva denuncia contra ti, las cosas se te pondrán muy cuesta arriba.

Sí. Dan, al bajar ahora del avión en Los Ángeles, seguía recordando las palabras de su amigo mezcladas con las de Gary.

«No te metas en líos.»

«Laura ha desaparecido...»

«Tu situación es delicada.»

«Laura ha desaparecido.»

Y así, una y otra vez, las frases iban martilleando su cerebro.

—¿Taxi, señor?

Casi sin darse cuenta había salido fuera, y a aquella hora el tránsito era muy escaso.

—Sí, taxi... Lléveme al hotel Palace Springs.

—Esto está en las afueras. Hay bastante distancia.

—Sí, pero procure ir deprisa —repuso Dan, con frialdad, pensando sólo en sus problemas, en Laura, y deseando saber de ella lo antes posible.

El taxi, aprovechando la escasez de tránsito de la hora, se lanzó por la autopista casi al límite de la velocidad que podía desarrollar.

Guiado por los anuncios de carretera, al llegar al desvío tomó la ruta del acantilado.

En la cima brillaban las luces del hotel.

Minutos más tarde, Dan se hallaba frente a Gary, que en breves palabras resumió lo ocurrido, concluyendo con las posteriores investigaciones de la policía.

Dan cortó a Gary para decir:

—Quiero ver ese acantilado. Mejor hoy que mañana

—Apenas se ve nada.

—Llevo una buena linterna. ¿Me acompañas?

—Claro que sí. Desde las doce la angustia me consume. Son ya trece horas... Y el capitán no ha llamado para decir nada nuevo.

—¿Hay algún motivo para pensar que Laura pudiera ser víctima de alguna violencia?

—Sólo por parte de Martino.

—He oído hablar de él.

—Es un gangster.

—Hay muchos así.

—Es capaz de todo para conseguir sus fines. No tiene escrúpulos ni conciencia. Siempre me ha parecido un ser repulsivo, sanguinario, capaz de asesinar hasta por gusto. —y llevándose las manos al rostro, exclamó—: ¡Dios mío!

—Bueno, bueno. Vamos a ese acantilado —interrumpió Dan.

Y de nuevo Gary acompañó esta vez a Dan al lugar donde había sido hallado el coche de alquiler que conducía Laura en el momento de su desaparición.

La linterna del detective procuró iluminar todos los rincones sin

observar nada que pudiera calificarse de sospechoso.

Dan ya daba por terminada la búsqueda cuando entre los setos que crecían en la pronunciada pendiente encontró algo.

El detective tomó la ropa. Era un retazo que parecía arrancado de cuajo de un vestido femenino.

—¿Cómo iba vestida Laura? —preguntó Dan.

Gary, al ver el retazo de tela, agrandó los ojos.

La tela que Dan había encontrado pertenecía, desde luego, a un vestido de mujer. Era estampada; sobre fondo blanco, dibujos variados en tono azulado.

Gary exclamó:

—¡Es un trozo del vestido de Laura! ¡Sí, es un trozo de su vestido!

* * *

Desde las seis de la mañana siguiente, varios agentes estuvieron recorriendo el terreno en busca de nuevas huellas, que fueron halladas y que no dejaban lugar a dudas.

Las huellas de que la muchacha había estado allí muy recientemente se enumeraron del siguiente modo:

Primero, el trozo de vestido.

Y aparecieron más retales prendidos entre los setos más próximos al profundo abismo.

Abajo, la mar se movía rugiente y las olas batían contra las puntiagudas rocas a flor de agua.

El capitán avanzó hacia el agente que manejaba la emisora portátil e hizo un ademán.

El agente se puso en contacto con el que estaba más abajo y que junto con los hombres-rana habían tenido que llegar en lancha, ya que desde arriba era imposible bajar.

—Pregunte si han encontrado algo —dijo el capitán.

El agente preguntó y el radio de la parte de abajo respondió con una negativa.

—No hay nada por ahora.

—Nada, capitán.

—Que sigan buscando.

Otro de los policías apareció con un bolso que entregó al capitán.

—Lo hemos encontrado entre las rocas.

—Bien, continúen. Yo estaré en el hotel.

—Sí, señor.

El capitán salió con su coche particular y pocos minutos después estaba en el hotel.

Eran ya las siete de la mañana, pero no tuvo que avisar a Gary, que ya estaba en pie, y con él el detective Dan, de San Francisco.

El capitán se dirigió a Dan.

—¿Usted fue quien encontró el trozo de vestido, verdad?

—Sí.

El capitán destapó la caja de cartón donde había metido los otros trozos de ropa y el bolso.

Sacó primero los pedazos deshilachados y los mostró a los dos hombres.

—¿Pertenecen al mismo vestido, verdad? —inquirid, innecesariamente.

—¡Dios mío! ¿Qué le han hecho a mi hermana? —exclamó Gary, al reconocer los trozos.

El capitán mostró entonces el bolso y Gary lo tomó entre sus manos.

—¡Cuidado! Utilice el pañuelo. Podría haber huellas.

—¡Es suyo! Es de Laura.

—Lo suponía.

—¿Y ella?

—De momento no hemos encontrado nada.

—La han..., la han asesinado —musitó Gary, dejándose caer en un sillón.

Dan cerró los puños.

—¿Tenía enemigos su hermana? —preguntó gravemente el policía.

—Los tenía él —contestó Dan—. Hemos estado hablando casi toda la noche de lo mismo. Deje que yo se lo explique, capitán. Gary está agotado.

—Le interrogaré más tarde —repuso el policía.

—Pregúntame a mí. Estoy al corriente de todo.

—¿Usted es detective privado, eh?

Lanzó la pregunta con cierta indiferencia. Quedaba bien claro que el capitán no simpatizaba con los oteadores particulares.

—Sí.

—¿Tiene su licencia en regla?

«¡Vaya una pregunta!», pensó Dan, pero no contestó directamente.

—Oiga, capitán. Laura y yo nos llevábamos muy bien. Es posible que hubiéramos llegado a casarnos. Tengo mucho interés en esclarecer este asunto, pero me he propuesto, por el momento, no hacer nada por mi cuenta que pueda molestar a la policía...

—Una magnífica decisión. Siga así. Este asunto, por lo que sé de él, se presenta un poco extraño. Una mujer llega al hotel, regresa al aeropuerto para ir en busca de un maletín y desaparece. De momento no se puede hablar de asesinato todavía. Hemos encontrado el coche, parte del vestido, el bolso..., pero ni la menor huella de sangre.

—Capitán —cortó Dan—, ¿Por qué no interroga a Frank Martino?

—¿Frank Martino?

—Si me deja que le explique el asunto, quizá no le extrañe tanto.

Una llamada telefónica interrumpió la conversación. El recado era para el capitán, que acudió al teléfono.

—Es un tipo duro. No le gusto —comentó Dan a Gary, y añadió seguidamente—: Pero tendrá que tragarme... Sólo al nombrarle a Martino se le han puesto los pelos de punta. Martino es otro importante. Un gangster.

Gary seguía silencioso, en su actitud ausente, oculto el rostro entre las manos.

Dan hizo una seña al camarero.

—Otro café. Bien cargado... Creo que hoy voy a necesitar estar bien despierto.

Regresó el capitán.

—Era del laboratorio. Han examinado el coche a conciencia. Los técnicos emplearon toda la noche en la tarea. No hay huellas de sangre. Nada en absoluto que demuestre que haya existido violencia.

Dan preguntó con falsa ingenuidad.

—¿Cree usted que Laura pudo haberse caído del acantilado, dejando jirones de ropa por todas partes?

—No lo sé, Dan. Esperaremos que los hombres-rana informen.

—¡Hombres-rana! —exclamó Gary—. Entonces cree que puede

haber caído.

—O que la han arrojado desde lo alto después de sostener una lucha con un sádico... Cualquier cosa antes de pensar en Frank Martino, por ejemplo.

—No sea impulsivo, amigo. Llevaré la investigación hasta donde haga falta —prometió el policía—. Ahora discúlpeme. Volveré más tarde y hablaremos con más calma... Será mejor que no se mueva de aquí, señor Powell.

A Dan le dirigió una mirada a guisa de despedida y luego el policía volvió la espalda para dirigirse hacia la salida.

Dan le siguió un momento y salió a tiempo de ver cómo el capitán se alejaba con el automóvil.

Por el fondo del parque apareció O'Banion; iba hablando con el tipo con aspecto de retrasado mental.

El hombre tenía aspecto de rondar los cuarenta y llevaba consigo la máquina de retratar.

O'Banion discutía con él.

A oídos de Dan llegaron algunas palabras sueltas.

—Te dije que no molestaras a nadie...

—Yo hago fotografías.

—Ayer, un cliente se quejó... ¿Quieres desprestigiar mi hotel?

—Yo no hago daño a nadie.

—Dame tu maldita cámara. —Y O'Banion hizo un gesto violento para arrebátarsela, pero el retrasado mental tiró con fuerza para evitarlo y se separó del otro.

—¡No! Es mía... Es mía,

—Lárgate de aquí. No me obligues a tomar una decisión que lamentarías.

A excepción de Dan, nadie más había contemplado la escena; eran poco menos de las siete y media de la mañana y la mayoría de los clientes no habían salido todavía de sus habitaciones, a excepción de los que iban a partir en una de las excursiones programadas para el día.

Dan se retiró hacia dentro sin dar, en principio, demasiada importancia a lo visto.

CAPÍTULO VI

DIEZ de la mañana

Dan estaba junto a la barandilla protectora instalada en lo más alto de los terrenos que ocupaba el hotel.

Era un inmenso balcón al Pacífico.

—No puedo estar cruzado de brazos. Si el capitán no da señales de vida, yo mismo iré a ver a Martino.

—No te metas en ningún lío, Dan.

El detective fumó el último cigarrillo de un paquete que había abierto aquella misma mañana.

Al volverse para encenderlo, para evitar el fuerte viento que casi siempre azotaba aquella amplia terraza, observó de nuevo al tipo con aspecto de subnormal.

—¿Le conoces? —preguntó.

Gary se volvió y le observó durante unos momentos.

—No.

—Esta mañana hablaba con el gerente.

—¿Con qué gerente?

—Ese que se llama O'Banion.

—O'Banion es prácticamente el dueño, el que tenía que poner capital en mi proyecto.

—Pues debe ser muy amigo suyo. Le estaba diciendo no sé qué de que no molestara a los clientes.

—No sé —repuso Gary, sin darle importancia.

O'Banion salió en aquel momento del hotel. Desde lo alto podían ver su voluminosa figura a lo lejos.

—¿Qué tal es? —inquirió Dan.

—¿Quién?

—Ese O'Banion.

—Una buena persona. Difícil de tratar si no se le conoce, pero a mí me aprecia.

—Creo que viene hacia aquí.

Gary se volvió.

O'Banion, efectivamente, se dirigía hacia ellos con paso rápido. Recorrió los quinientos metros que aproximadamente separaban la puerta principal del hotel hasta la terraza y al llegar junto a ellos soltó:

—El capitán acaba de llamar. Dice que tiene bastante trabajo y que vayas a verle a su despacho si no te importa.

—¿No ha dicho nada más? —inquirió Gary—. ¿Ninguna noticia con respecto a Laura?

—No.

—Bien. Iré.

—¿Quieres que te acompañe?

—Yo iré con él, señor O'Banion.

El aludido miró a Dan de arriba abajo.

—¿Es amigo tuyo, Gary? —preguntó.

—Creo que no nos han presentado —repuso Dan con cierta frialdad—. Mi nombre es Dan.

—Tenía relaciones con mi hermana —aclaró Gary.

—Encantado, señor —repuso O'Banion, tendiéndole la mano sin demasiado entusiasmo.

—Vamos, Gary. El capitán nos espera.

—Señor O'Banion... —preguntó Gary, deteniéndose un momento—. ¿Es difícil encontrar un cadáver en esta parte de la costa?

—¡Qué cosas se te ocurren!

—Todos los indicios parecen demostrar que mi hermana ha caído al mar.

—O la han empujado —terció el detective.

—Bueno —carraspeó O'Banion—. Aquí la marea es constante y, según he oído decir, hay mucha profundidad.

—O sea, que es difícil rescatar un cuerpo —insistió Gary.

—Bueno... Cuentan que una vez cayó un policía... Un asesinato al parecer... El cadáver apareció al cabo de dos años. Lo que quedaba de él, claro... Pero no hay que pensar en lo peor,

muchacho.

—Señor O'Banion —intervino Dan de pronto—. Gary me ha contado todo lo que hace referencia al negocio que pensaba emprender.

—Un buen asunto. Y tiene todo mi apoyo económico.

—Sí, sí, pero hay otras personas interesadas en ese mismo asunto.

—Ya hemos hablado de ello con Gary —repuso O'Banion.

—Lo sé. Y usted no ignora que él contaba con la aportación de Laura para ultimar el negocio.

—Sí.

—Desaparecida ella, la competencia puede aprovecharse.

—Ya hablamos de secuestro, y mi opinión es que es algo peligroso. Martino nunca se arriesga tanto.

—Pongámonos en lo peor. Si han asesinado a Laura..., mientras no aparezca su cadáver, Gary no podrá entrar en posesión de la herencia.

—¡Al diablo la herencia! —exclamó Gary.

—De acuerdo, pero mientras tanto otros pueden aprovecharse del negocio que tú ibas a emprender. A menos, claro está, que...

No concluyó la frase, y quedóse mirando atentamente a O'Banion.

—Siga, Dan —pidió el otro.

—A menos que usted decidiera comprar todos esos terrenos para construir los hoteles.

—¿Se refiere a que si Gary no puede seguir adelante le reemplace yo?

—Si es un buen asunto, no dejará usted que otro se aproveche de él. ¿No es así?

—No he pensado en esa posibilidad... Buenos días. —Y O'Banion, como si repentinamente se hubiese sentido ofendido por la suposición del detective, dio la vuelta, dejando a los dos hombres.

Ambos, en silencio, se dirigieron hacia el coche que el hotel —léase O'Banion— había puesto a disposición de Gary Powell.

—Yo conduciré —dijo Dan—. Tú estás demasiado nervioso.

Gary asintió con la cabeza.

Luego, cuando el vehículo descendía por la serpenteante

carretera, Gary no dejaba de mirar hacia la parte del acantilado.

Al llegar al cruce, pidió:

—Métete ahí. Quiero ver si siguen buscando.

Dan obedeció como si él también sintiera deseos de ver cómo andaban las cosas por aquella zona, aunque murmuró:

—No sé por qué me da la impresión de que el misterio no está aquí precisamente.

Gary se volvió un momento para observarle.

—¿Tienes alguna idea?

—Todavía no.

Recorrieron los cincuenta metros tras la curva y detuvieron el coche allí donde ya no era posible seguir adelante.

Había un retén de policías que seguían buscando.

Uno de los agentes, el de la radio, reconoció a Gary por haberle visto antes.

—Nada nuevo —dijo.

—¿Seguirán buscando?

—Hasta que el capitán no ordene lo contrario.

Gary miró angustiado todo el contorno y aún preguntó:

—¿Han encontrado algo más?

—No.

—Vamos, Gary —dijo Dan, cogiéndole por el brazo.

Abandonaron el lugar. Dan volvió a ponerse al volante del coche, que puso en marcha para dirigirse otra vez a la carretera principal, y de allí a la autopista que conducía al centro.

De pronto, Gary, como recordando la conversación sostenida en el hotel con O'Banion, murmuró:

—¿Por qué le has hablado en ese tono?

—¿A quién?

—A O'Banion.

—Le he hecho sólo una pregunta.

—Le ha sentado mal.

—Ya lo he visto.

—Has tratado de insinuar que él también podía salir beneficiado si yo no realizaba la compra de esos terrenos.

—Y es la verdad.

—¡No, Dan! O'Banion sería la última persona de la que yo pudiera sospechar una canallada.

—Sin embargo, en esta cuestión, y enfocando el móvil por el asunto de ese negocio, todas las personas que puedan salir beneficiadas son sospechosas.

Gary no emitió ningún comentario.

CAPÍTULO VII

—NO puedo emplear a mis hombres por tiempo indefinido en la búsqueda, señor Powell —dijo sinceramente el capitán.

La presencia de Dan no parecía agradarle demasiado, pero no había hecho ningún comentario al respecto.

Gary repuso:

—¿Piensa abandonar?

—Nunca se abandona un caso hasta que no puede cerrarse definitivamente, señor Powell.

Dan parecía conocerse de memoria y de antemano todas las respuestas, pero no hizo comentario tampoco.

—¡Quiero saber lo que le ha ocurrido a mi hermana! —exigió Gary.

—Todos deseamos poner el asunto en claro, señor Powell, pero no sé si sabrá que esa zona de la costa es la más difícil. Créame. Tenemos experiencia.

—Lo sabemos —terció ahora Dan—. O'Banion nos lo ha contado.

—Bien. Es difícil por las mareas, por la profundidad, por la configuración del fondo.

—En resumen, capitán —volvió a terciar Dan—. Un lugar ideal para hacer desaparecer un cadáver.

—Si quiere llamarlo así... Pero para nosotros no existe prueba alguna de que Laura Powell esté muerta, a pesar de los jirones de ropa y del bolso... Es un asunto extraño, y quiero rogarle, señor Powell, que se tome el tiempo necesario para pensar...

—¿Qué es lo que debo pensar?

—En los posibles enemigos «personales» de su hermana.

—¡Ella no conocía a nadie aquí en Los Ángeles!

—Si alguien le ha hecho algún daño, no tiene que ser necesariamente una persona que viva en Los Ángeles... ¿Se encontraron con algún conocido?

—No. No que yo recuerde. Apenas bajamos del avión, dejamos las maletas en consigna. Laura quería ir a San Francisco y pensábamos tomar un avión por la tarde. Íbamos muy aprisa porque el avión salió con retraso y temía llegar tarde a la reunión. ¡Todo fue por culpa de ese maletín! Si no lo hubiésemos olvidado...

—Sí, sí —cortó el capitán—. Pero eso ya no tiene remedio. Piense en lo que le he dicho.

—¡Es absurdo, capitán! Nadie podía sentir el menor deseo de matar a Laura.

—¿Era hermana suya? Quiero decir si ambos eran del mismo padre y de la misma madre.

—No... No —admitió Gary, con cierta extrañeza.

—¡Ah!

—Pero, ¿qué tiene que ver? Nosotros nos sentimos siempre como hermanos auténticos.

—Sin embargo, la que heredó los bienes de la familia fue ella. ¿No es así?

Tras un silencio, Gary Explicó:

—Mi madre era divorciada y casi nunca cobró pensión alguna de mi padre. Él no ganaba ni para el vino que bebía... Pero a mí eso no me importa. Nunca reproché a mi madre que hubiera vuelto a casarse con un hombre rico.

—¿Vive su padre todavía? Me refiero a su padre auténtico.

—No lo sé. Nunca volvimos a saber de él. Ya sabe que en los divorcios, cuando la mujer vuelve a casarse, pierde su pensión. En el caso de mi madre, poco importaba, porque ya le he dicho que nunca la cobró.

—Sin embargo, usted lleva el apellido Powell. Su padre no se llamaba así.

—No... Creo que esto fue una imposición de Harry Powell, el segundo marido de mi madre. A mí particularmente no me importó en absoluto cambiar de apellido. No guardaba muy buen recuerdo del que había llevado hasta entonces.

—¿Cuál era?

—Roberts.

—Bien, esto no tiene importancia. Sigamos.

—¿Dónde quiere ir a parar?

—Pues que... si el segundo esposo de su madre le impuso a usted su propio apellido sería, sin duda, por considerarlo como a un hijo auténtico.

—Supongo que sí. El viejo Harry hubiera dado media vida por tener un hijo varón suyo.

—¿No se llevaba bien con él?

—No me llevaba ni bien ni mal. Yo... yo quise vivir mi propia vida.

—Comprendo.

—Sé lo que piensa, capitán. En la herencia. Le extraña que casi todo fuera a parar a manos de Laura.

—Sólo quería preguntarle el motivo.

—Bueno. Supongo que Harry se sintió decepcionado al ver que yo no quería continuar con sus negocios y prefería una vida creada por mí mismo... Siempre sentí enormes deseos de independizarme, de no tener que depender de nadie... Tal vez por el complejo que me había creado mi padre, el verdadero. No quería ser como él... Y eso me obligó a luchar sin ayudas.

—Y por ello Harry Powell le desheredó.

—Nunca me ocupé de esos asuntos.

—¿Quién murió antes, Harry Powell o su madre?

—Mi madre. De accidente. El coche que conducía chocó con otro y murió en el acto.

—¿Y él?

—Harry murió dos años más tarde. Entonces nos veíamos poco. Yo sólo iba por su casa para ver a Laura. Siempre la quise como a una verdadera hermana.

—¿Y al morir Harry Powell, Laura y usted ocuparon la misma casa?

—Ella se sentía sola, pero los gastos de la casa los pagábamos a medias. Mi hermana nunca me ha mantenido... La única vez que iba a poner dinero en uno de mis negocios era ahora, y con todas las garantías de llevarse buenos dividendos. O'Banion puede decirle que el asunto es de los que no ofrecen duda.

—Sí, sí... Pero sigamos con lo de la herencia. Hemos quedado en que a la muerte de Harry Powell todo quedó para ella.

—Excepto una pequeña cantidad que asignó para mí, en realidad, Laura fue la heredera universal.

—¿Y en caso de su muerte?

—Laura me dijo que todo sería para mí. Recuerdo que ni siquiera quise escucharla... ¿Cómo iba a pensar en su muerte?

—¿No tiene más parientes ella?

—Una prima. Rhonda.

—¿Rhonda qué más?

—Rhonda Powell.

—¿Powell?

—Hija de un hermano de Harry Powell.

—¿Y a ella no le tocó nada?

—No. La familia estaba un poco distanciada. Harry tenía el carácter muy autoritario, muy..., digamos, personal.

—¿No hay nadie más en la familia?

—Si existen otros familiares, yo lo ignoro. Conozco a Rhonda porque algunas veces habían salido juntas con Laura, pero no demasiadas.

—Si usted era el único heredero, no cabe la posibilidad de que otro posible familiar la haya matado para cobrar su parte.

—Nunca se me ocurrió pensar tal cosa.

—Haga memoria, señor Powell. Tómese el tiempo que quiera. Tal vez recuerde a otras personas que pudieran sentir envidia. Ya sean de la familia, o que formen parte de su círculo de amistades.

—No alternaba demasiado. La propia Laura apenas quería salir de casa. O'Banion quiso que la llevara un par de veces a unas fiestas que organizó. Ayer mismo me lo recordaba, pero Laura siempre dijo que se sentiría desplazada y prefería quedarse con un buen libro o ir de excursión y admirar el paisaje.

—¿Tiene alguna fotografía suya? Quería pedírsela ayer y se me olvidó.

Gary buscó en la cartera y extrajo un retrato. Era idéntico al que Dan tenía en su apartamento. Un primer plano, mostrando sus rasgos perfectos, su sonrisa adorable. Sus grandes ojos, sus labios sensuales.

El policía la guardó.

—Haga lo que le he dicho. Piense. Cualquier detalle puede ser importante.

El capitán parecía dar por finalizada la entrevista, y Dan espetó:

—¿Y por qué se empeña en que tiene que ser un asunto particular, una venganza o cosa por el estilo?

—¿Por qué no?

—Porque hay otros intereses en juego en este asunto. Intereses que perjudican a Gary indirectamente.

—Desde luego no los descarté.

—Pues parece que lo haga, capitán... Si alguien hubiese asesinado a Laura, no creo que se hubiera tomado la molestia de esconder el cadáver o arrojarlo al mar en un sitio de probadas dificultades para un rescate, y con el cadáver a la vista, Gary hubiese entrado en posesión de la herencia tras los trámites legales, pero con Laura sin aparecer ni viva ni muerta, él pierde un buen negocio que beneficiará a otros.

—Déjalo, Dan —adujo Gary—. Ahora ya no pienso en el negocio. Daría todo lo que tengo para que ella apareciese de pronto, aunque tuviera que renunciar a mis proyectos.

—Ciñámonos a la realidad. Hay que tocar con los pies en el suelo. Ojalá Laura aparezca, pero mientras tanto seamos realistas; quien se preocupó de hacerla desaparecer te ha causado un perjuicio moral y material.

—¿Sigue pensando en Frank Martino? —preguntó el policía.

—Sí, capitán. Pero usted parece querer olvidarlo.

—Deme una sola prueba, Dan. Una sola y verá cómo no tardo ni cinco minutos en ir a ver a Martino.

—Intentaré conseguírsela, capitán.

—¡Cuidado, Dan! No pise terreno peligroso.

—Descuide, capitán. Yo tengo mis métodos.

—No quiero recibir ninguna denuncia.

—No la recibirá.

Y Dan cogió a Gary por el brazo, sacándolo de la oficina del capitán, pero antes de que pudieran seguir, el policía salió hasta el umbral de la puerta y preguntó:

—Señor Powell. A veces las cosas complicadas tienen la explicación más verosímil y sencilla.

—Algo así dijo el señor O'Banion —repuso Gary.

—No quiero decir que este caso sea sencillo, pero supóngase que uno de los miles de maníacos que se suponen hay en Los Ángeles detuviera el coche de su hermana...

—¿Eh?

—La ropa hecha jirones..., ni la menor señal de violencia en el coche...

—¿Un sádico? —inquirió Gary

—Llámele como quiera. Un hombre pide por favor que le lleven. Inventa una excusa verosímil, dice que es urgente, y una persona de buena fe la cree. Luego le dice: tuerza a la derecha. Su hermana, que ignora hacia dónde iba el desvío, le cree. Cuando llegan al final, él la obliga a bajar. Tal vez la amenaza con un revólver y fuera del coche la golpea... Luego... En fin, ahí están los jirones de ropa, el bolso... Es sólo una hipótesis.

CAPÍTULO VIII

LOS Ángeles a las diez de la noche del mismo día

Los periódicos de la tarde que estaban en el hotel a disposición de los clientes hablaban ya de la desaparición de Laura Powell sin dar detalles.

También el hombre de la cicatriz que ocupaba una habitación en el otro hotel más modesto de la carretera leía la noticia tumbado en la cama.

Saltó para tomar el teléfono, que estaba sonando en aquel instante.

Al otro lado, una voz áspera espetó:

—¿Dónde diablos te has metido en toda la tarde?

—Estuve en la playa. Usted dijo que no iba a necesitarme.

—¿Es que no has leído los periódicos?

—Ahora estaba leyendo la noticia.

—Bien, pues deja el hotel y ven donde siempre.

—¿Hay algún trabajo?

—Es posible. Un tipo parece muy interesado en averiguar cosas.

—¿Le conozco?

—Es de San Francisco. Un detective llamado Dan Sorenson.

—No. No sé quién es.

—Ven y le conocerás.

El del otro lado del hilo colgó, y el de la cicatriz volvió a llamar por teléfono para pedir la cuenta.

En el mismo momento, Dan salía de la habitación que había alquilado en el Palace Springs y se dirigió a la ocupada por Gary.

No estaba solo. Una muchacha se hallaba con el hermano de

Laura, que Gary se apresuró a presentar:

—Es Rhonda. Esta mañana he hablado de ella.

—¿Rhonda Powell? —inquirió Dan.

—Sí. Este es Dan Sorenson.

—Gary me estaba hablando de usted, señor Sorenson.

—Bien, yo tengo que salir. Ya sabes para qué —dijo Dan, dirigiéndose a Gary. Y mirando a la muchacha, añadió—: Tanto gusto, señorita.

—Le decía a Gary —dijo ella— que me enteré esta tarde por los periódicos.

—¿En San Diego?

—No, señor Sorenson. Yo vivo en Los Ángeles.

—Prima hermana de Laura, ¿eh?

—En efecto. Nos llevábamos muy bien. No sabe cuánto me ha afectado la noticia. Vine enseguida para saber cómo había ocurrido, pero Gary me ha dicho que nadie sabe nada,

—Lo sabremos.

—Es una gran ventaja poder contar con usted. Gary me ha hablado mucho.

—Bueno. Haré lo que pueda. Volveremos a vernos sin duda.

—Si puedo hacer algo para ayudarles —se ofreció ella.

—Muchas gracias, pero donde voy ahora dudo que pudiera ayudarme.

—Ten cuidado, Dan. Esa gente puede ser peligrosa.

—De eso no me cabe duda.

—¿Cómo conseguiste la cita?

—Todavía me quedan viejos conocidos en San Francisco.

Y Gary, mirando a Rhonda, explicó:

—Va a investigar cerca de Martino. —volviéndose de nuevo al detective, aclaró—: Se lo he dicho a ella. No tengo por qué ocultárselo. Estaba al corriente del negocio que proyectaba.

—Laura me lo había contado todo. ¡Dios mío! Anteayer todavía hablé con ella por teléfono. Dijo que iba a venir y que si le quedaba un momento pasaría a verme. Tengo un apartamento en Santa Mónica.

—Bien, no puedo entretenerme. Ha sido un placer, Rhonda.

—Igualmente, señor Sorenson.

—Llámemme Dan.

La miró como un experto en bellezas femeninas. Rhonda era hermosa y tenía un aire familiar. Tanto la anatomía como el rostro no tenían nada que envidiar a Laura. Era una Powell.

—¿Quiere que la acompañe? —preguntó—. A esta hora no hay mucho tránsito.

—Acepta, Rhonda —dijo Gary—. Precisamente ha venido en taxi. Y yo... prefiero no moverme por si hay noticias.

—Entonces, vamos.

—¿No le causaré molestias, Dan? —preguntó ella.

—Ninguna, Rhonda. Vamos.

La muchacha se despidió de Gary y seguidamente salió en compañía del detective privado.

Al salir, Dan dijo:

—El coche está en el garaje. Es del hotel. Aquí no falta de nada. ¿Una cosa así es lo que pensaba montar Gary en Europa?

—No lo sé exactamente —repuso ella.

Caminaron hacia el garaje, situado en la fachada lateral, en un edificio aparte con varias plantas subterráneas para aparcar, las cuales habían sido restadas de la roca.

Bordearon el sendero rodeado de césped.

El aire de la noche era ligeramente cálido y soplaban ráfagas con alguna fuerza.

A Rhonda le revoloteaba la falda ancha y corta, pero sin llegar a la mínima expresión, como las que solía usar Laura.

De pronto, de entre los bien cuidados parterres, llenos de decorativos arbustos, surgió un fogonazo.

Dan se revolvió con gran rapidez de reflejos y vio a una sombra correr entre la vegetación artificial.

—¡Eh! —gritó el detective.

El hombre aceleró el paso en dirección a la parte destinada únicamente a jardín.

Buen conocedor del terreno, el perseguido se metió por entre el césped y quedó protegido por las plantas que lo adornaban.

Dan vaciló unos segundos, tratando de orientarse.

Su atacante describió un rodeo y seguidamente cruzó por la zona de descampado en dirección a la terraza, donde existía una de las piscinas del hotel.

«Ahí está», pensó Dan, y reemprendió la carrera

La sombra se precipitó hacia la escalinata que bajaba a una segunda planta y siguió su carrera bordeando la bien iluminada piscina.

En aquellos momentos, la terraza estaba llena de clientes que tomaban refrescos en las mesas dispuestas alrededor, bajo los toldos de colores que durante el día protegían del sol.

Algunos se bañaban.

Dan echó un vistazo y llegó a tiempo de ver a su perseguido doblar hacia la izquierda para continuar por el lado de los vestuarios para bañistas y de la construcción que albergaba los servicios y dependencias de la terraza.

La luz iluminó durante un instante al hombre que Dan perseguía. Fue el momento en que el individuo se volvió para ver si el detective seguía tras él.

Dan comprobó que se trataba de aquel tipo con aspecto de retrasado mental.

A buen paso, pero llamando inevitablemente la atención, siguió al hombre.

Al llegar al punto donde él había doblado, se encontró con un sendero que bordeaba la parte lateral de la construcción destinada a los servicios, y a medida que este sendero se alejaba de la zona de la piscina, todo quedaba más oscuro.

Dan había vuelto a perder de vista al tipo, pero no se arredró.

Al término del camino, una escalera arrancaba hacia la parte más baja. Pensó que el subnormal no había podido tomar otra dirección y bajó.

Dan sólo contaba en aquel lugar con la luz de la luna.

Llegó al fin de la escalera, que terminaba en el arranque de otro camino que volvía atrás.

Lo tomó con presteza. Allí no había rastro de su perseguido, que, mejor conocedor del hotel, había logrado tomar considerable delantera.

Dan prosiguió por el lado de una pared sin puertas y con la única ventilación de unos ventanucos en la parte superior.

Llegó al final y se orientó de nuevo.

Se hallaba entonces en una gran explanada sin urbanizar, virgen como había sido toda la zona antes de que se construyese el hotel.

Sin embargo, hacia el fondo volvía a aparecer la iluminación

que correspondía a otra de las terrazas.

Avanzó hacia allí y la luz fue haciéndose más potente.

Pasó por delante de una especie de pabellón a modo de almacén y al final se detuvo antes de entrar en la nueva terraza.

Aquello tenía un aspecto más romántico, más íntimo. Sonaba una música suave que provenía de un quinteto a la antigua usanza.

Media docena de parejas bailaban en la encerada pista que rodeaban pequeños veladores cubiertos con manteles color paja.

Más allá había otra piscina más pequeña, solitaria.

No había el menor rastro del subnormal.

Dan se dirigió a un camarero.

—Oiga... Estoy buscando a una persona Es inconfundible. ¿Cómo le explicaría yo...? Es un tipo raro, de unos cuarenta años, de baja estatura, y no parece estar muy normal.

—No le he visto, señor —repuso el camarero.

Dan le ofreció un billete de cinco dólares.

—Haga memoria. Tengo un recado para él. Me dijo que le siguiera, pero le perdí —mintió.

El camarero observó el billete. Dan añadió otro de la misma cuantía.

—¿Lo recuerda mejor ahora?

—Conozco a ese individuo, pero no le he visto. Palabra. —y el camarero se alejó.

Dan apretó los dientes. Le molestaba aquella chusma que necesitaba «tanto estímulo» para hablar y no decir nada.

Echó una última ojeada y decidió alejarse por el camino que utilizaban los clientes.

Poco después decía a Rhonda:

—Debe tener algún escondrijo por aquí. Sé que es amigo de O'Banion. Tendré que hablar con él.

—Pero, ¿quién es?

—Un subnormal. Al menos lo parece.

—¿Pero qué ha hecho?

—Juraría que fue una foto. Debe ser muy aficionado. Me gustará ver su colección.

—¿Una foto? —inquirió ella.

—El fogonazo era un flash electrónico.

—¡Oh! ¿Y nos retrató a nosotros?

—Yo diría más bien que el objetivo era usted —y Dan sonrió.

CAPÍTULO IX

ERAN casi las once y diez minutos cuando el hombre de la cicatriz consultó su reloj y dijo:

—El detective parece que se retrasa.

Había otros tres hombres en la pequeña estancia, envuelta en una nube de humo y sin más aire que el que producían dos viejos ventiladores.

Los cuatro estaban sentados en torno a una mesa. Uno tenía aspecto de ex luchador. Se adivinaba por su nariz achatada a consecuencia de los golpes recibidos y su aspecto, propio de quien vive medio «sonado».

El otro era un tipo de unos treinta años, pelirrojo y nervioso que usaba gafas. Se estaba retorciendo sus sudorosas manos.

El tercero parecía el jefe de todos. Vestía con cierta elegancia, aunque un tanto chabacana. La camisa negra, la menos apropiada para un verano caluroso, estaba adornada por una corbata blanca, formando conjunto con un traje blanco también con rayas verticales color gris. Llevaba puesto un sombrero blanco echado hacia atrás.

Sudaba a pesar del viento que producían los dos ventiladores.

El de la cicatriz fue el que rompió el silencio de nuevo:

—Jefe —dijo, dirigiéndose al trajeado—. ¿Qué quiere en realidad ese detective?

—Husmear —fue la escueta respuesta.

—¿Husmear qué?

—Husmear en los asuntos de Frank Martino.

—No será el primero. ¿Fuiste tú quien dio el soplo, Sandro? —inquirió el de la cicatriz, dirigiéndose al de las gafas.

El otro no contestó.

—No le hagas hablar. Eran amigos. Ha sido él quien lo ha traído aquí.

El de las gafas habló:

—Pero yo no quiero mezclarme en esto. Hice un favor a Martino y he cumplido... Él lo sabe.

—Claro, claro, hijo —repuso el jefe.

—De todos modos, lo sospechará. Fui yo el que le hice venir aquí.

—Eso tiene fácil arreglo. Muy fácil —y le miró sonriendo, pero la suya era una sonrisa que nada tenía de cordial y mucho de amenazadora.

—¡No, Clancy! A mí no debéis tocarme... Todos trabajamos para la misma persona...

—¿Qué fue lo que le dijiste a ese detective? —preguntó el de la cicatriz—. ¿Qué fue exactamente lo que le dijiste para llevarlo hasta la trampa?

* * *

Dan, apenas había dejado a Rhonda en su apartamento de Santa Mónica, puso rumbo a la cita que tenía en una de las boites sicodélicas al norte de Beberly Hills.

Mientras conducía pensaba en la llamada telefónica que había efectuado aquel mediodía al salir del puesto de policía.

Tras algunos intentos había dado con Sandro Sterling, el pelirrojo de las gafas y los nervios a flor de piel.

Concertaron una cita que tuvo lugar en uno de los almacenes distribuidores de carne de Los Ángeles propiedad de Martino.

Era la hora del almuerzo y Dan recordaba la escena: Tuvo lugar en el pequeño y atiborrado despacho de control de salidas, a cuyo cargo estaba el nervioso Sandro.

Más o menos, la conversación que recordaba Dan había sido así:

«—Me interesa saber algo de tu jefe.

»—Martino no es mi jefe. Al menos yo no lo considero así.

»—Pero controla todo esto, y la carne es un buen negocio. Martino sabe oler los buenos negocios.

»— ¿Por qué vas tras él?

»—Quiero saber sus planes con respecto a unos hoteles en Europa. ¿Sabes algo?

»— ¿Quién sabe algo de Martino? Oficialmente, aquí el dueño es otra persona. Bueno, la cabeza visible.

»—Sí, sí... Pero tú debes conocer a quien está dispuesto a hablar.»

Sandro sudaba. Sudaba siempre, aunque hiciera frío. Sudaba cuando veía dificultades y peligros; por eso Dan no le hizo caso.

»—Tú no tienes que intervenir para nada. ¿Dónde se reúne la gente de la que yo pueda sacar algo en concreto? Promételes una gratificación si la información que tienen me interesa.

»—Dime de qué se trata.

»—Ya te informarás por los periódicos.

»— ¿Es algo grave?

»—Puede serlo.

»—Ve a la boîte de Starkie. ¿Sabes dónde está?

»—Cada día se abren una docena de locales así. Sé más explícito.

»—Al norte de Beberly. Una sicodélica. Se llama Nueva Fórmula.

»— ¿Por quién pregunto?

»—No lo sé, pero te llamaré por teléfono esta tarde. ¿Dónde puedo hacerlo?

»—Palace Springs.

»—Esto suena a mucha categoría.

»—Sabes que yo soy un detective de categoría —se permitió bromear Dan.

»—Descuida, tendrás mi llamada.

»—Busca a alguien que pueda informarme respecto a un coche alquilado en el aeropuerto. Es azul. Fue abandonado en la costa y la mujer que lo conducía ha desaparecido, dejando trozos de tela de su vestido.

»— ¿Te interesa esa chica?

»—Era mi novia.

»— ¿Y Martino puede tener que ver?

»—Tus amigos me lo dirán. A lo mejor es otra persona. Me interesa llegar hasta el final.»

Y el gafas prometió que ayudaría a Dan en todo lo que de él dependiera.

Lo que ignoraba el detective, sin embargo, era que, lejos de ayudarlo, Sandro, por los motivos que fueran, no fue en busca de quienes pudiera ayudar a su amigo, sino todo lo contrario. Fue

directamente a quienes más daño podían hacerle.

Y así le esperaban. En aquella dependencia interior del local de Starkie, Nueva Fórmula, en cuya planta baja, mujeres medio desnudas se contorsionaban al compás de un ritmo de locos.

Sobre altos pedestales en forma de tambores bailaban otras muchachas enfundadas en un mini-short como toda vestimenta.

El local olía a alcohol, a sudor, a pelo largo, descuidado y sucio.

Las luces castigaban los ojos con sus constantes guiños.

Allí detuvo el coche Dan, frente al luminoso, el cual era un avance de lo que sucedía dentro.

Allí le esperaba la trampa.

CAPÍTULO X

SANDRO, el de las gafas, había cumplido en lo de telefonar a Dan y darle el nombre de la persona por la que debía preguntar.

El detective cruzó el local por entre las parejas medio adormiladas, o tal vez atontadas por cualquiera de las docenas de estupefacientes que podían conseguir en sitios como aquéllos, y buscó a alguien de la casa a quien preguntar.

Un tipo de largos cabellos enfundado en una casaca son el distintivo del local, y con aspecto de ser algo allí, además de un reclamo y un ejemplo para los que lo frecuentaban, se aproximó a Dan, al que no había perdido de vista desde que entró.

Las luces continuaban guiñando frenéticas, enloquecedoras, como si en lugar de pertenecer a un lugar de recreo aquello fuese una checa o un gheto, un lugar de tortura propia de mentes sádicas.

—¿Busca pareja, amigo? —preguntó el de la casaca.

—Busco a Marco. Me han dicho que podría encontrarle aquí.

Marco era el nombre que aquella tarde Sandro le había facilitado.

—Vaya al fondo, detrás de la cortina. No se confunda, allí están los servicios.

—¿Me espera en los servicios?

—Hay una escalera interior. Suba arriba. Allí encontrará a su amigo.

Dan asintió con la cabeza después de medir con la mirada a su informante. No le merecía la menor confianza, ni le parecía bien su aspecto ni sus poses.

Avanzó apartando parejas agotadas por la danza o medio

dormidas.

Llegó hasta la cortina que disimulaba el cuarto en que estaban los servicios de damas y caballeros.

La escalera estaba al lado de la puerta reservada a los caballeros.

Observó a dos que salían de allí y vistos de espaldas se le antojaron mujeres.

Sacudió la cabeza con aire de no comprender en absoluto aquella moda y ascendió por los peldaños.

Arriba, en el único rellano, alguien estaba observando, y cruzó el corredor para dirigirse a la puerta del fondo. Había otras dos a derecha e izquierda.

En la del fondo se encontraba la sucia habitación carente de ventanas, que era donde se hallaban los cuatro individuos.

—Ahí viene —dijo el que había observado desde el rellano.

Clancy, el jefe, hizo un gesto al tipo con cara de luchador.

Sandro se incorporó al borde del colapso.

—¡No! ¡A mí no debéis tocarme! —repitió—. Yo he cumplido...

—Hay que disimular todo lo posible, Sandro... Eso te librará que el detective sospeche de ti —y el llamado Clancy hizo otro gesto al de la cicatriz, que se incorporó lentamente mientras se enfundaba unos gruesos guantes.

Sandro trató de moverse hacia atrás, pero el tipo con cara de luchador le agarró bien, doblándole los brazos hacia la espalda.

El de la cicatriz avanzó hacia él y sonrió.

—Te haré el menor daño posible, amigo.

—¡No! ¡No!

Y el de la cicatriz tocó impulso y descargó la derecha contra el abdomen de Sandro, que ya no pudo pronunciar palabra.

Luego, le golpeó con la derecha.

El de las gafas quedó con medio cuerpo colgando. Se hubiese caído si el luchador no le hubiera mantenido sujeto.

—La cara, la cara... —dijo Clancy.

El de la cicatriz asintió y, quitándose el guante izquierdo, que tiró sobre la mesa y produjo un ruido sordo como si hubiera un peso dentro, le asió por los cabellos para levantarlo. Luego, con la derecha, comenzó a sacudirle hasta hacerle un par de buenos morados...

Dan estaba ya en el rellano, observando con aquella especie de

guardián que también tenía aspecto de haber subido a algún ring de cuando en cuando.

—¿Marco? —preguntó.

—Al fondo —indicó el otro, pero cuando Dan iba a avanzar, el otro le pidió—: Deme fuego.

Dan le ofreció su encendedor a gas ya encendido.

Seguidamente avanzó por el corredor; era corto y estrecho, sin ventilación. Olía bastante mal, pero en realidad no mucho peor que el local de la planta baja.

Cuando llegó a la puerta la empujó suavemente, tomando las debidas precauciones. Aquello no acababa de gustarle.

La habitación, con la mesa en el centro, y trastos por todas partes, aparecía ahora desierta. La débil lámpara iluminaba el humo consumido, todavía reciente. Los ventiladores continuaban en marcha.

Dan dirigió la mirada hacia el fondo, y vio la sombra de alguien caído casi debajo de la mesa.

Luego paseó los ojos por cada rincón de la reducida estancia y observó la otra puerta situada en el ángulo de la izquierda.

Avanzó hacia el caído y enseguida reconoció a Sandro.

Estaba bien «dormido», y le palmeó el rostro para despertarlo sin conseguirlo.

Luego volvió los ojos hacia la puerta del fondo y decidió irse hacia allí. Antes de comprobar si estaba cerrada o no, escuchó unos instantes a través de ella. No oyó nada.

Sin embargo...

La puerta cedió sin que Dan la hubiese empujado y una mole se precipitó hacia él, tirándole con fuerza.

Cuando Dan reaccionó, que fue al segundo escaso, se encontró con el de la cicatriz.

—Yo soy Marco —dijo.

Y le sacudió con el guante «cargado» en pleno abdomen. Dan no había tenido tiempo de prepararse y sintió que algo se le retorció en su interior.

Marco no le dejó reaccionar y le propinó un segundo golpe.

Inclinado hacia delante, por la inercia, recibió un tremendo golpe de karate en la nuca, proporcionado por el tipo con pinta de luchador.

No perdió el sentido, sin embargo, pero, evidentemente, los tres golpes recibidos habían mermado considerablemente sus facultades.

Trató de incorporarse, tosiendo ligeramente, cuando la voz de Clancy exclamó:

—¡Sujetadlo!

En circunstancias normales, Dan se hubiese incorporado de un salto, haciendo funcionar sus demoledores puños, pero mermado como estaba de fuerzas, se sintió empujado hacia arriba y luego sujeto por los férreos brazos del luchador.

Marco le sacudió un nuevo golpe, también en el estómago.

El detective ahogó una exclamación de dolor y jadeó algo entre dientes.

La habitación, más oscura que la otra y más grande y despejada, parecía dar vueltas, cuando el puño derecho de Marco le castigó la mandíbula, y le hubiera derribado de no estar bien sujeto por el mastodóntico luchador.

Dan estaba al borde de perder el sentido; sin embargo, deseaba mantenerse lúcido, para buscar la menor oportunidad y aprovecharla, pero aquellas manos le sujetaban como garfios.

Clancy dijo entonces:

—Espera. Marco. Antes de terminar con él quiero advertirle. ¿Puedes oírme, verdad, Sorenson?

Dan no respondió, pero respiraba aún entre jadeos.

Su cabeza colgaba hacia delante y su mente trataba de pensar con rapidez, para encontrar la forma de devolver aquellos golpes, y de conseguir que alguien le hablara y le explicara quién había preparado aquella encerrona.

—Espábilale, Marco —ordenó de nuevo el bien trajeado Clancy.

Aquella vez el puño de Marco, siempre enfundado con los guantes, le aplastó la nariz, y Dan sintió que la sangre fluía por las ventanas de su apéndice nasal:

—Quiero que lo entiendas bien, Sorenson. Este es sólo un aviso. Pretendemos que no lo olvides.

Dan todavía tuvo arrestos para levantar el rostro.

—¿Qué es lo que no debo olvidar?

—Que es peligroso husmear en los asuntos de quien ya sabes...

—¿Martino ha organizado esto? —preguntó el detective

—Lo he organizado yo. Me pagan para ello. No vuelvas,

Sorenson. No vuelvas porque la próxima vez no podrás contarlo.

No era la primera ocasión que le ofrecían un recibimiento de aquella índole, pero sí era la vez que había salido peor parado.

—Espero que lo hayas comprendido, pero por si acaso, te dejaremos nuevos recuerdos... Y es inútil que vayas con el soplo a los polizontes... Nadie te ha visto aquí. ¿Comprendes? Así que, además de hacer el ridículo, te ganarías la «definitiva». Y esto es todo. Para ti, Marco.

Y Marco sonrió complacido, mientras volvía a ensayar con los guantes.

Los golpes llovieron contra el cuerpo ya maltrecho de Dan, que, al fin perdió por completo el sentido y todo se oscureció a su alrededor.

Marco seguía golpeándole salvajemente.

CAPÍTULO XI

CUANDO despertó no tenía noción del lugar en que se encontraba. Creyó ver las cosas deformes, borrosas.

Comprobó que aún no había amanecido y las débiles luces de una calle cercana le dañaban la vista.

Se palpó los pómulos y comprobó que estaban hinchados.

Quiso moverse, pero desistió de momento, porque cada pulgada de su cuerpo le dolía horrores.

Volvió a palparse el rostro y entonces comprobó que tenía un ojo semicerrado y la ceja del otro debía estar partida; eso era lo que le hacía ver las cosas borrosas.

Lentamente, volvió a recobrar la noción de lo sucedido.

Entonces vio que estaba en un callejón sin salida. Sintió humedad en todo el cuerpo y supo enseguida lo que ocurría.

Le habían tirado en una especie de charco formado por el agua que, sin duda, utilizaban para limpiar el patio trasero, cerca del cual se hallaba. En derredor sólo vio altos cubos de basura.

Aquello apestaba a demonios.

Intentó levantarse otra vez y lo consiguió no sin gran esfuerzo.

Cuando estuvo derecho tuvo que apoyarse en la pared, sorteando la basura, para poder llegar hasta la calle.

No sabía dónde se hallaba. Aquello, por supuesto no era Beberly, sino más bien una de las calles cercanas a la zona portuaria de Santa Mónica.

Vio el impresionante edificio de un hotel, más allá otra soberbia edificación.

Estaba en la nueva urbanización y la calle permanecía desierta.

Había escasos coches aparcados. El suyo estaba también. Al otro lado de la calle.

Cojeando, llegó hasta allí. Estaba la puerta abierta y las llaves puestas.

Se sentó lanzando un suspiro, y enseguida buscó el paquete de cigarrillos. Lo sacó. Estaba mojado y los cigarrillos rotos.

Buscó en la guantera. Al abrirla, lo primero que vio fue la pistola automática. La observó un instante, pero no la tocó; debajo tenía otro paquete de cigarrillos. Lo abrió y buscó su encendedor. Lo había perdido.

Puso el coche en marcha y pulsó el encendedor de la batería. Su mirada se posó en el espejo retrovisor, y entonces, gracias a la luz procedente de las farolas de la calle, pudo verse la faz.

Nunca le habían puesto de aquella manera.

Encendió el cigarrillo y se quedó un rato pensativo, como si no se decidiera a poner en marcha el auto.

Las fuerzas todavía estaban desfallecidas. Necesitaba un buen descanso, pero no olvidaba la paliza recibida.

Entonces miró la hora en su reloj. No se había parado a pesar de los golpes.

Marcaba las dos.

Calculó que había estado más de dos horas inconsciente, pero ahora podía pensar ya con normalidad. Los golpes no habían afectado en absoluto a su cabeza.

Pisó el embrague y lo soltó para dar gas. El coche arrancó por fin.

Dan condujo lentamente por la ancha y bien asfaltada calle; al pasar ante una esquina reconoció el lugar. Era la calle donde Rhonda tenía su apartamento. Aquello pertenecía, pues, ya al término de Santa Mónica. Dobló la esquina y siguió sin acelerar.

Más allá se detuvo. Estaba delante del edificio de apartamentos donde habitaba la prima de Laura.

Asomó por la ventanilla. Seguía sintiéndose mal. Miró hacia arriba. En la tercera planta estaban las ventanas que correspondían a la muchacha. Decidió bajar del coche. Apagó las luces y guardó las llaves. Luego se dirigió hacia la entrada. Buscó el timbre correspondiente a la puerta de la muchacha. Se apoyó prácticamente en él porque sintió una vez más que las fuerzas

amenazaban con abandonarle.

Repitió la llamada. Nadie contestó.

«Estará durmiendo —se repitió—. Son ya más de las dos.»

Un coche se detuvo en la calle. Dan apenas se fijó. Unos pasos avanzaron hacia él, que seguía llamando.

Luego sonó aquella voz suave y deliciosa.

—¡Dan!

Él se volvió.

Su mirada borrosa vio el bello rostro de la muchacha. Sí, era Rhonda.

Sonrió estúpidamente y resbaló por la pared hasta quedar medio inconsciente. Agotado. Otra vez su mente volvió a la oscuridad.

Tal vez entre brumas se sintió arrastrado hacia el vestíbulo del edificio. Luego, el ascensor. Más tarde, el corredor y la puerta, otra espera y al fin un lugar suave, tranquilo, una estancia confortable, y una cama. Sobre todo una cama...

Quedó profundamente dormido.

* * *

Había amanecido ya. El sol, que daba de lleno en el ventanal, quedaba oculto por el toldo protector.

Lo primero que vieron sus ojos —los ojos de Dan— fue el bello rostro de Rhonda.

—Sí... Creo que recuerdo... —murmuró—. Vine a su casa. No me sentía con fuerzas para llegar al hotel... No quería que me viesen de aquel modo.

—He llevado su traje a la tintorería. Estaba perdido... Con usted he hecho lo que he podido. Pero, ¡Dios santo! ¡Cómo le han puesto!

—Debo tener una facha horrible. Bueno... No es que eso importe demasiado... Hay mucho que hacer.

—Quédese donde está —aconsejó Rhonda, solícita y cariñosa—. Sé que todo ha sido por culpa de querer descubrir lo ocurrido a mi prima... Siento no haber estado anoche cuando usted llamó. Tenía un compromiso con unos amigos. Ellos se quedaron en la fiesta, pero yo no pude seguir. Pensaba en la pobre Laura.

Dan trató de incorporarse.

—¿Qué hora es?

—Las doce.

—¿Eh? No es posible.

—Sí. Son las doce del mediodía. Pero tranquilícese. He preparado café y tostadas... ¿Le gustan los hueve revueltos? Tengo también jamón y tarta de manzana.

—¿Quién piensa en comer ahora?

—Descanse, Dan...

—No podría. Deme mi ropa.

—No la han traído todavía.

—Vaya a comprarme algo que ponerme. En mi chaqueta tengo el billetero. Tome lo que necesite.

—¿Por qué tanta prisa?

—Quiero volver a ese sitio.

—¿A qué sitio?

—Donde me golpearon. No lo hicieron para darme la bienvenida...

—No vuelva, Dan. Deje esto para la policía.

—No, no... Martino es un tipo importante. La policía le trata con guantes porque saben que cualquier paso en falso puede costarles un disgusto. Yo no tengo por qué andarme con miramientos.

—¿Piensa que Martino tiene que ver con la desaparición de Laura?

—Algo tendrá que esconder cuando me preparó un recibimiento como el que me hizo.

—Yo no entiendo de esas cosas, Dan, pero me parece que éste es un mal asunto. Quien haya empezado todo esto no piensa detenerse.

—Bueno... A la vista está que no soy ningún Supermán, pero he parado los pies a muchos... Además..., me olvidé un encendedor en esa boite sicodélica. Y me gustaría recuperar lo mío.

Se incorporó definitivamente, dándose cuenta de que no llevaba nada puesto.

La muchacha sonrió:

—Estaba perdido, con magulladuras en todas partes. Hice lo que buenamente pude... Su ropa interior estará ya seca. La puse en la lavadora.

—Pues tráigamela. Y procúreme algo que ponerme, Rhonda. Quiero saber las últimas noticias.

—No las hay. He telefoneado a mi primo y me dijo que todo estaba igual que ayer.

—El capitán espera que le lluevan las noticias del cielo. Conozco los métodos, pero yo les doy ciento y raya. Ande, Rhonda, sea buena.

—Si se empeña...

La muchacha se alejó y Dan fue al baño. No conocía la casa, pero sólo tuvo que empujar la puerta lateral de la habitación. Allí estaban los servicios completos Se duchó.

El agua fría le estimuló. Sintió que la sangre reaccionaba y hasta tuvo la sensación de que el dolor que todavía sentía en su cuerpo iba disminuyendo.

Delante del espejo contempló su rostro, donde continuaban todavía las magulladuras.

Se frotó con la toalla de baño para entrar en calor.

Rhonda regresó con la ropa.

Su traje estaba ya listo, sin huellas de las manchas que traía al llegar a la casa.

Su ropa interior, camisa y calcetines, también estaban recién lavados En pocos momentos se vistió.

A pesar de las huellas de su cara, su aspecto había recobrado su viril apostura de «peso semipesado» bien conservado y mejor cultivado.

—¿Se siente bien?

—Me siento nuevo. El médico me dijo en cierta ocasión que ni un alud, pillándome debajo, podía conmigo. Me caí de un tercer piso cuando era chico y no tuve ninguna rotura. Como ve, es difícil que puedan vencerme..., afortunadamente para mí.

—¿Por qué no viene a cenar una de estas noches? —invitó Rhonda.

—Tal vez lo haga.

—Le esperaré, pero entretanto... no deje de llamarme si algo puedo hacer... O si han averiguado algo.

—Lo haré —prometió Dan, dirigiéndose ya hacia salida.

Llegó al hotel poco después de la una de la tarde, informaron que Gary había salido hacia la comisaría y decidió dar una vuelta, cubriéndose los ojos con unas gafas oscuras porque el sol le molestaba sobremanera.

Recorrió el mismo camino que había utilizado la noche anterior persiguiendo al subnormal. No se extrañó en absoluto que a la luz

del sol las cosas parecieran totalmente distintas que cuando se ven de noche.

El bar de la piscina, igualmente elegante y albergando posiblemente a las mismas gentes, tenía otro color.

La piscina estaba llena y también las mesas se hallaban ocupadas por abundante clientela.

Dan no perdía detalle.

Observó la disposición del lugar. Todas las terrazas a distintos niveles estaban cercanas al acantilado, con barandillas protectoras.

Recorrió el sendero junto a la edificación destinada a vestuarios y servicios de la piscina y llegó hasta la escalera que conducía a la planta inferior.

Tornó a caminar por el mismo camino que conducía a la pista de baile de carácter íntimo.

Estaba vacía. Sin embargo, en la piscina se bañaba alguien.

Se sentó en una mesa de la esquina y el camarero Con el que había hablado la noche anterior se aproximó.

—Buenos días, señor. Excelente mañana... Bueno, tarde ya... ¿Ha tenido algún accidente, señor?

La ironía era más propia de un inglés.

—Anoche tropecé con un armario —respondió Dan sarcásticamente—. Debía estar borracho. De lo contrario no le hubiese dado diez dólares por nada.

El camarero le observó sin hacer ningún comentario alusivo al caso. Se limitó a preguntar:

—¿Quiere tomar algo?

—Un whisky doble, sin nada.

—Sí, señor. ¿Alguna marca especial?

—Tanto me da. Que sea fuerte.

El camarero se alejó para cumplir el encargo, mientras Dan se quedó observando.

Quando el sirviente del hotel regresó con la bebida, Dan se volvió distraídamente hacia el sendero privado.

La puerta de lo que parecía un almacén se abrió y de ella salió el tipo con cara de retrasado mental.

Dan no hizo el menor gesto o movimiento que demostrara sorpresa. Se limitó a tomar el whisky de un trago, mientras el camarero dejaba la cartulina con el importe.

Dan se levantó.

—Son seis dólares, señor —sonrió el camarero.

—¡Ah!, ¿sí? Entonces todavía me debe usted cuatro. Anótelos.

Y sin más comentarios se fue tras el retrasado, que en aquel momento estaba subiendo la escalera que conducía a la planta superior.

Sin embargo, Dan optó por no continuar tras él, sino volver hacia la puerta de la que había salido. La empujó y pasó al interior.

Se encontró ante un recinto vacío y húmedo con la pared rocosa como fondo. Avanzó hacia un pequeño corredor que terminaba con otra puerta que halló igualmente abierta.

Entró.

Aquello era toda una vivienda resumida en una sola habitación que lo mismo podía servir de estudio para un fotógrafo que de dormitorio, sala de estar o de lectura.

Todo estaba amontonado. Había una cama turca en un rincón, una mesita repleta de libros, un viejo diván lleno de los más variados objetos. Otra mesa donde podía verse un hornillo eléctrico con cacharros sucios. Un lavabo que llevaba tiempo sin que nadie lo limpiara. Hojas de afeitar oxidadas, pasta de dientes, jabón, pasta de afeitar; todo en un montón.

En otra mesa había más libros, una ampliadora, cubetas y botellas de líquido para revelar fotografías...

Y eso..., fotografías. Muchas fotografías; casi todas eran de chicas... Chicas cogidas de cintura para abajo, con faldas cortas, unas revoloteando por el viento, otras simplemente cortas. Había fotografías de mujeres siempre con poca ropa, bikinis, desde luego, y otras...

Mirando aquello bastaba para darse cuenta de que el autor de aquellos retratos era persona obsesionada por una idea concreta.

Sobre la mesa también estaba un flash electrónico y otro de los que funcionan con pilas.

Sobre un mueble se encontraba una revuelta colección de ropa femenina. Ropa interior.

Dan curioseó, mientras en el corredor de fuera unos pasos resonaban en dirección a la puerta.

CAPÍTULO XII

LA habitación del subnormal formaba un rincón que partía del lado mismo de la puerta, ensanchando la estancia hacia atrás. Era allí donde estaba el dormitorio propiamente dicho. La cama turca, la mesita de noche y un armario.

Dan se quedó allí, mientras alguien hurgaba en la cerradura.

Una llave dio la vuelta al cerrojo a fin de cerrar. Dan se lanzó inmediatamente hacia la puerta y tiró hacia él.

El que intentaba cerrar cesó en su movimiento y tras una pausa empujó la puerta.

Era él. El subnormal.

Se quedó mirando a Dan y sonrió estúpidamente, después de borrar de su rostro una expresión más bien atemorizada.

—Que... quería cerrar —tartamudeó—. Yo... yo siempre cierro. A la gente le gusta curiosear,

—Tienes razón, amigo... ¿Cómo te llamas?

—¿Yo... yo?

—Sí, tú... Soy un aficionado a las fotografías, ¿sabes? A ciertas fotografías... Y sé que tú eres un buen fotógrafo.

—¿De veras lo cree? —sonrió el hombre, halagado.

—Sólo hay que ver esas maravillas que consigues.

—¿Cómo ha entrado usted aquí? —reaccionó el retrasado de pronto.

—Bueno... Alguien me dijo que aquí estaba tu estudio. Anoche quería, hablarte, pero tú huiste.

—¡Oh! Era usted..., sí. Ahora recuerdo... Usted quiere denunciarme... ¡Váyase de aquí! ¡Váyase de aquí!

—No, no, espera... Yo no quiero denunciarte...

—Pero usted me perseguía.

—La chica que iba conmigo se asustó cuando vio el fogonazo...
¿Por qué la retrataste?...

—Es que..., Bueno, yo...

—¿Tiene unas piernas bonitas? Ella va a la moda, cortita... ¿Es eso, no?

El retrasado rio con perfecta estupidez.

—¡Así me gusta, que coincidamos, Charlie!

—¿Por qué me llama Charlie?

—¡Oh! Creí que habías dicho que te llamabas Charlie.

—No. Johnny. Johnny O'Banion... Pero él no quiere que se sepa.

—¡Humm! O'Banion.

—No se lo diga...

—¿A O'Banion?

—Es... es mi hermano... Pero él no quiere que nadie lo sepa...

Dice que yo... ¡Bueno! Dice tonterías.

—¡Claro, Johnny! Debe tener envidia por tus fotos.

—Estoy contento de que le gusten...

—Es que me gustan las chicas, sabes...

Dan le hablaba como lo hubiese hecho a un muchacho de seis años, y las reacciones de Johnny correspondían más o menos a dicha edad. No había malicia en él; sólo su defecto harto visible, su retraso, su obsesión pseudosexual.

—Por cierto... ¿Haces esas fotos por encargo de alguien?

—No, no... Las colecciono. Ahora todo está así... ¡Pse! Algo revuelto... Pero un día lo pondré en orden... ¿Quiere ver la foto de la chica de anoche?

—¡Oh, sí, sí!

—Ahí la tengo. Ya está revelada.

Y buscando por entre la barahúnda de cartulinas vírgenes o impresionadas, sacó un original magnífico de lo que había conseguido la noche anterior con el flash.

Rhonda aparecía fotografiada de cintura para abajo, mostrando sus bellos tobillos, sus rodillas y la parte incipiente de sus muslos con la punta de la falda en pleno revoloteo.

—Un magnífico trabajo, Johnny.

—No es el mejor... Tengo otros... El de esa chica que ha

desaparecido.

—¿Laura Powell?

Con una mueca afirmativa, el subnormal sonrió, abriendo la boca y cerrando sus ojillos.

—Mire, mire... Aquí está...

La buscó en la mesilla de noche, mezclada entre los libros. Uno de ellos cayó y sus páginas se abrieron, dejando al descubierto dos fotos que podían considerarse totalmente pornográficas. Esa era, sin duda, la clase de literatura preferida por el infantil Johnny.

Dan no hizo el menor comentario y tomó las fotos que él le ofrecía.

Las piernas de Laura —cogida siempre de cintura para abajo— estaban cercanas al coche azul. La foto era en color y en ella se destacaba al parte de falda que llevaba la muchacha. El automóvil quedaba algo más desenfocado.

—Es curioso. Esa es la última fotografía que han hecho de ella... Lástima que no tengas una de cuerpo entero.

—¿Cuerpo entero?

—Sí. Toda, ¿Me comprendes?

Johnny pareció bastante decepcionado con las palabras de Dan.

—¡Oh! Los rostros todos son iguales. Una nariz, dos ojos... Pelo. ¡Bah! No... Las piernas son más interesantes... ¿No cree?

—Es lo mejor que tiene una mujer..., si son bonitas, pero... una foto de Laura tal como iba vestida antes de su desaparición, quizá podría ayudar a encontrarla.

Johnny sonrió.

—Le haré unas copias si le gustan... A mí no me importa compartir mis tesoros.

Dan fingió estar complacido y apoyó ambas manos en los hombros, del retrasado, y le habló en tono confidencial:

—Johnny... ¿Tú la viste después de la foto?

—¿Eh?

—Quiero decir si cuando ella se marchó con el coche la seguiste... ¿Tienes tú coche?

Johnny se mostró más contrariado todavía.

—No me dejan conducir. Mi hermano podría arreglarlo, pero no quiere. Dice que soy un peligro...

—Pero en el hotel existen coches... ¿Nunca has robado uno?

—¿Robar? No... Yo nunca he robado... —ahora, el retrasado se mostraba muy ofendido por la sospecha de Dan.

—Bueno... Quise decir... tomar prestado.

Johnny puso cara de niño travieso cogido *in fraganti* delito.

—Vamos, Johnny. ¿Somos o no somos amigos?

Para ser amigo de Johnny era evidente que bastaba tener los mismos gustos en cuanto a fotografías.

—Bueno —confesó—. Hago alguna escapada, pero ¡chist! —añadió, llevándose el índice a los labios—. No lo diga a nadie.

—¿Seguiste a Laura Powell, eh? Te gustaba.

—¡Mucho!

—Y la seguiste.

Johnny sonrió demencialmente.

—¡Ah, pillín! ¡Anda, cuéntame lo que pasó! ¿Le hiciste nuevas fotografías?

—¡No, no!

—¿Pues qué pasó...?

—Bueno... Yo... Verá... Ella iba bastante deprisa y yo... tardé un poco en poder coger el coche. Pero hay un atajo... Es un camino difícil, pero así no puede verme nadie.

—¿Dónde conduce este camino?

—Hasta donde encontraron el auto de ella.

—Entonces..., viste lo que ocurrió... ¿O acaso pudiste hablar con ella?

—No, no... No pude porque ella...

Se interrumpió de pronto. En la única ventana protegida por rejas acababa de pasar alguien, y Johnny palideció.

—¿Qué te pasa? ¿Por qué no continuas?

—Es Adam... ¡Oh! Escóndase... Seguro que viene hacia aquí... Me tiene prohibido que moleste a los clientes...

—¿Quién es Adam?

—Mi hermano, Adam O'Banion... Se lo ruego...

O'Banion había entrado en la puerta de lo que aparentemente figuraba un almacén, y ahora sus recias pisadas resonaban en la roca, ya en el interior de la construcción.

—¡Escóndase, escóndase!... Debajo de la cama, o en el armario... De prisa.

Las pisadas resonaban ya muy cerca. Dan pensó que era mejor

seguir la corriente a Johnny. Tal vez estaba a punto de tener en sus manos la clave del misterio...

Rápidamente, se dirigió a la rinconada formada por el dormitorio y se refugió en el hueco que quedaba entre el armario y la pared. Cabía perfectamente, y a menos que alguien buscara expresamente, no podrían encontrarle.

Adam O'Banion entró en la estancia. Johnny sonrió tímidamente.

—¿Has hablado con él? —preguntó el recién llegado.

—¿A quién te refieres, hermano?

—¡No me llames hermano, Johnny! —espetó, molesto—. Y ya sabes a quién me refiero. Anoche te buscaba... ¿Qué diablos hiciste? ¡Una de tus asquerosas fotos! Un día las voy a quemar todas...

—¡No, Adam!... ¡Es mi tesoro!... No lo hagas... No lo hagas.

O'Banion echó una ojeada general por la estancia sin reparar ni mucho menos en el hueco.

—Dan Sorenson ha estado por aquí. Le vieron salir del bar de la planta y no ha vuelto arriba.

—No sé quién es...

—¿A quién fotografiaste anoche?

—A... Bueno... Una turista.

—Mi hotel está lleno de turistas... ¿A quién retrataste?

Johnny fue hacia la mesa y mostró la foto de las piernas de Rhonda.

O'Banion la echó en un rincón.

—¡Un día me voy a cansar de ti, Johnny! Te lo he repetido muchas veces... Me estás causando muchos problemas, pero cuidado. Si vuelves a moverte de aquí, haré que quemen toda esa basura —y señaló las fotos.

—¡No! Eso no...

—Y haré algo peor... Te arrojaré por el acantilado. —y sin dar opción a que el retrasado replicara, se alejó de la estancia dando un portazo.

Johnny se sentó en un taburete y comenzó a sollozar mientras Dan salía del hueco y avanzaba lentamente hacia él. En cierto modo, le daba pena.

—Váyase... Váyase ahora y tenga cuidado que no le vean...

—Johnny, cálmate, yo soy tu amigo.

—¡Váyase, váyase! —replicó, frenético.

—Estábamos hablando...

—Esta noche... Cuando termine el baile...

—Pero...

—¡Váyase!

Y no hubo forma de convencerle de que el peligro parecía haber pasado.

Dan optó por abandonar la extraña estancia, dejando a Johnny con la cabeza cogida entre las manos, mientras seguía con sus ahogados sollozos.

CAPÍTULO XIII

LAS seis de la tarde

Dan lanzó un suspiro y murmuró como si hablara consigo mismo:

—Un retrasado mental, el director de una cadena de hoteles, un gangster llamado Frank Martino..., y una desaparición de por medio... ¿Quién es el culpable? ¿Están todos de acuerdo? Tengo la sensación de tener en mis manos todas las piezas del rompecabezas..., pero no he hallado la forma de saberlas poner en orden.

Gary había escuchado en silencio el relato del detective.

Ahora se hallaban juntos en una de las terrazas del hotel. El mar era el telón de fondo del escenario.

El hermano de Laura parecía interesado por todo lo referente a la conversación de Dan con el subnormal.

—Esta noche, cuando vuelvas a entrevistarte con él, iré contigo —dijo

—No, Gary. Johnny es un retrasado, pero con cierta lucidez. Siente un gran terror hacia su hermano... No sé, pero me da la sensación de que tu amigo O'Banion tiene algo que ocultar. Un hermano subnormal para empezar, y esa forma de tratarle...

—Quiero saberlo todo, Dan...

—Lo sabrás. Tengo que ir cuando el baile haya terminado. Cuando todo el mundo duerma

—Pero, ¿qué fue lo que vio él?

—No ha tenido tiempo de decírmelo, Gary.

—¿Y esa foto que hizo a mi hermana?

—Ni yo mismo la hubiera reconocido, Gary. Son sólo sus piernas... Esa es su obsesión, pero esta noche tal vez consiga llegar al fondo.

—¿Crees que él... puede ser el responsable de todo?

—De veras que no lo sé. —y el detective quedóse pensativo. Y luego, cambiando de tema, inquirió—: ¿Qué te ha dicho el polizonte?

—Ha suspendido la búsqueda. Es demasiado difícil, pero dice que tiene otra pista.

—¿Cuál?

—No ha querido decírmelo todavía. Dijo que vendría esta tarde. —consultó el reloj y exclamó—: Son más de las seis; puede que haya llegado ya... Esta inactividad me trastorna. Por cierto, he citado a Rhonda.

—¿La has visto?

Los dos hombres caminaban ya hacia la escalera para dirigirse a la parte inferior, donde estaba la planta cero del hotel.

—Al salir del despacho del capitán, ella me pidió que la tuviera al corriente. La he hecho venir porque tengo que hacer algunas cartas, y ni sé cómo empear... Ella se ofreció a ayudarme.

—¿Tienes algo que ver con Rhonda?

—¿Cómo?

—Si hay algo entre los dos.

—No, no. Sólo una buena amistad. ¿Por qué lo preguntas?

—Por nada.

En la puerta del hotel acababa de detenerse el automóvil del capitán.

—¡Ahí está! —dijo Gary, señalando el coche.

Momentos después, en el bar del hotel, se reunieron los tres hombres.

—Me ha costado bastante —dijo el policía—, pero mi departamento se ha movido deprisa.

—¿En qué sentido? —inquirió Gary.

—Bueno... Soy partidario de buscar todos los detalles posibles, y mientras aguardamos que se produzca algún hecho nuevo que arroje luz sobre el asunto... Me he permitido hacer algunas averiguaciones en San Diego.

Tanto Gary como Dan dejaron que el policía, por sí mismo,

descubriera sus últimas pesquisas.

—No hay que descartar la posibilidad de un chantaje...

—¿Chantaje? —repitió Dan.

—He dicho que me gusta hurgar en todas direcciones... Y, por ejemplo, una cuenta corriente que repentinamente acuse un brusco descenso ya es motivo para seguir investigando.

—¿Es que ha bajado la cuenta de mi hermana?

—Cuando se me ocurrió la idea de averiguarlo, no tenía ni la más remota sospecha, pero luego ha resultado que mi intuición ha dado en el blanco...

Y tras una pausa, añadió:

—En el Banco Nacional de San Diego, hace escasamente una semana, alguien cobró un talón por importe de ochenta mil dólares.

—¿Qué? —Gary no daba crédito a lo que estaba oyendo.

—El talón era correcto, pero el jefe de caja quiso cerciorarse y llamó a su casa. Su hermana dio la conformidad y el cheque fue pagado. ¿Qué me dice a esto, señor Powell?

—No sabía nada... Laura no me habló de... Pero... No puedo entenderlo. ¿A favor de quién firmaría mi hermana esa suma?

—El cheque era al portador.

—¿Se sabe quién fue a cobrarlo?

—El cajero recuerda únicamente a un hombre, poco hablador. Presentó el cheque y pidió billetes pequeños. Pero eso no es todo... Al parecer no era la primera vez que su hermana retiraba una suma importante. —y el policía sacó otra lista, añadiendo—: No es fácil sacar datos de los Bancos. Veamos... Dos semanas antes de presentarse el talón que he mencionado, el mismo Banco pagó otro por cincuenta mil dólares; en ése no hubo dudas porque su hermana fue personalmente a cobrarlo.

Gary sacudió la cabeza de un lado a otro.

—No puedo entenderlo.

—Hay un tercer talón. Veintitrés mil dólares. Veintitrés mil quinientos cuarenta exactamente. Una suma caprichosa, como si fuera el importe de una compra de importancia que tuviera que realizarse al contado. De eso hace más de un mes. Dígame, señor Powell... ¿Cuánto dinero tenía su hermana en el Banco?

—Nunca me preocupé de eso... Harry Powell dejó la mayoría de sus bienes en títulos al portador, en valores que a mi hermana le

eran liquidados por años, o por semestres... No sé el efectivo que tenía...; puede que doscientos mil... Habría que añadir el importe de los cupones...

—Estas tres sumas que he citado importan más de ciento cincuenta mil dólares. Una cantidad muy respetable; cantidad que fue creciendo... ¿Se puede pensar en un chantaje?

—No lo sé, capitán, no lo sé. Me ha desconcertado usted.

—Bien, es todo lo que tenía que decirle. Si se le ocurre algo, comuníquemelo. Mis hombres seguirán buscando, pero usted debe ayudarnos también.

El policía les dejó, y al quedar a solas los dos hombres, Gary comentó:

—Cada vez las cosas parecen complicarse más...

—O puede que se aclaren.

—No se aclara nada, Dan... Lo que acaba de decir el capitán echa por tierra tus sospechas del subnormal.

—Yo nunca dije que sospechara de él; únicamente que ese hombre puede dar la clave... Cualquier cosa que pudiera haber visto nos serviría de mucho.

Adam O'Banion apareció en aquel momento, y avanzó hacia los dos hombres.

—Acabo de ver al capitán... Se ha tomado el asunto muy en serio... ¿Hay algo nuevo?

—Siempre hay cosas nuevas que hacen más confuso el asunto —murmuró Gary.

Dan se disculpó como si la presencia del presidente de la cadena hotelera no fuera de su agrado.

—Disculpenme. Tengo algo que hacer.

Al cruzar el hall vio a Rhonda que entraba y fue hacia ella.

—¡Hola, Dan! ¿Está mi primo por ahí?

—Sí; hablando con O'Banion.

—¿No hay nada nuevo, verdad?

—Pues sí... Ande, venga conmigo; tomaremos algo. Así Gary podrá hablar tranquilamente con O'Banion.

—No parece gustarle ese hombre.

—Pues no, la verdad.

—¿Sospecha de él?

Dan sonrió con cierta amargura para evitarse la respuesta.

¿Sospechar? ¿Por qué no? Pero había otros encartados...
Martino, por ejemplo.

CAPÍTULO XIV

FRANK MARTINO se sirvió un combinado y contempló la ciudad tras el amplio ventanal de su despacho.

Un despacho que tenía más de lugar de recreo que de trabajo.

Un billar, un bar completo, un tocadiscos estereofónico que daba un grato ambiente musical a la estancia, butacas, cómodos sillones y por fin la mesa de despacho al otro lado de la rectangular estancia.

Todo ello climatizado convenientemente a una temperatura que permitía poder vestir con elegancia sin sentir los rigores del calor.

Martino era hombre elegante, atildado hasta la exageración.

Se volvió hacia el recién llegado.

Su visitante era un viejo conocido de Dan.

—¿Tan grave es el asunto? —sonrió Martino.

—Pudiera serlo si Dan Sorenson sigue metiendo las narices en mis asuntos. Y lo hará.

—¿Dan Sorenson? Está en Los Ángeles. Lo sé. Los muchachos le han dado un buen escarmiento.

—Dan necesita algo más que eso.

—¿Por qué va detrás de ti?

—Maida... Maida lo alquiló.

—¿Tu mujer?

—Hace tiempo que no es mi mujer, Frank... Es una espía.

—Hum... Te casaste con un problema.

—Un problema con un millón de dólares.

—Un millón que puede convertirse en veneno, ¿no? ¿Cuánto tiempo hace que te casaste con ella?

—Dos años.

—Has prosperado mucho.

—Escúchame, Frank...

—Te escucho. Medina, te escucho, pero temo que vas a plantearme un problema que no podré resolver. ¿Pretendes que me encargue de Dan, no es eso?

—Sí.

—¿Por qué no lo haces tú?

—Flomann me sigue la corriente, pero sé que anda detrás de mí, esperando que dé un paso en falso.

—Usa de tu influencia.

—Presenté una denuncia contra Dan, y Flomann me enseñó su licencia.

—¿Se la ha retirado?

—Sí, pero me extraña tanta complacencia.

—Es interesante.

—¿Me ayudarás?

—No sé...

—Si yo caigo puedo arrastrar a mucha gente. Se abrirá una investigación... Aparecerán las boites, el reparto de la «mercancía»...

—Calla... No te excites... Tengo una casa a prueba de ruidos, pero no conviene hablar demasiado aunque no tengamos testigos...

—¡Frank! Yo tengo la mejor coartada si Dan desaparece una vez haya regresado. Ni siquiera Maida podrá pensar que he sido yo.

—Buscará los servicios de otro detective.

—Pero ahora estaré avisado y no permitiré que descubra ni la cuarta parte de lo que ha descubierto Dan.

—¿Y qué ha descubierto?

—No lo sé exactamente, Frank... Pero temo que sea bastante, aunque carece de pruebas para formular una acusación contra mí.

—Amigo mío —repuso Martino tras un breve silencio—. Creo que se impone que por una temporada olvidemos nuestros mutuos asuntos.

—¡Frank! ¿Significa esto que... dejaremos de negociar?

—Por una temporada. No vuelvas por aquí. No escribas. No llares por teléfono.

—¡Frank! No puedes hacerme esto. La mercancía...

—Arréglatelas con tus proveedores. Liquidaré lo que tengo... De momento es lo más conveniente.

—¿Es que no puedes ayudarme? Yo lo he hecho. Basta que tú desees una cosa en San Francisco para que satisfaga tus deseos... ¿Por qué no puedes hacer lo mismo?

—Por la sencilla razón de que si tú pierdes... no perderás nada tuyo, porque nada tenías... En cambio mi organización me ha costado mucho crearla para perderla por una tontería.

—Pero si Dan sigue vivo puede incluso llegar hasta ti a través de lo que sabe.

—Ya lo ha intentado, pero por otras razones. Descuida. Dan ignora nuestra conexión y seguirá ignorándola...

—¡Frank, Frank...! —Medina sudaba a pesar del aire climatizado—. Si mi esposa pudiera tener la certeza de que Dan es sólo un fantoche... Bastaría con desacreditarle, después de muerto... Hay muchos sistemas... No sería la primera vez...

—Amigo... —cortó Martino, tomando uno de los tacos de billar y examinándolo cuidadosamente para asegurar su solidez—. Tú ignoras por qué Dan está aquí ¿verdad?

—Desde luego.

—Según parece su novia ha desaparecido. Está investigando... —de una mesa sacó el periódico de la tarde anterior—. Léelo.

Estaba abierto por la página en que se daba la noticia y Medina lo tomó para dar una rápida ojeada.

Martino añadió:

—Para nuestro amigo Dan, yo soy un sospechoso... Comprenderás que habiendo un crimen de por medio, no voy a ser tan estúpido que añada leña al fuego...

—Sí, claro... Pero... Tú no debes abandonarme, Frank.

—Pareces un chiquillo.

—La mercancía llegará mañana. Tengo que pagar al contado. Sólo tengo la mitad.

—Compra la mitad y la echas al mar. La otra que se la lleven.

—Me matarán, Frank. Con esa gente no se puede jugar. Una vez te has comprometido hay que seguir.

—Pues sigue solo y déjame en paz.

—Frank... No esperaba eso de ti... No lo esperaba —Medina suspiraba jadeante. De pronto, como presa de un ataque, se lanzó al

cuello de Martino y lo sujetó con ambas manos—. Te voy a matar... Si me dejas en la estacada te voy a matar...

—¡Suéltame! —gritó el otro.

Pero Medina apretaba con la furia de un cobarde, con la fuerza del boxeador al borde del K. O. Con el valor repentino de los miedosos que luchan salvajemente por la supervivencia.

Pero Martino era más corpulento que su atacante y consiguió desasirse de la presa.

—Vas a acordarte de esto —jadeó, yendo hacia la placa de los botones. Le bastaba pulsar uno para que cualquiera de sus guardaespaldas acudiera en su auxilio.

Medina corrió tras él empuñando uno de los tacos de billar que partid sobre su cabeza.

La pegada de la frágil madera sólo causó el natural daño y se quebró, pero Martirio siguió hacia la placa de los pulsadores.

Lo único que tenía más a mano Medina para impedirse lo eran las macizas bolas de marfil de la mesa del billar. Cogió una y la tiró con fuerza.

La bola alcanzó de lleno la cabeza de Martino que se tambaleó. En su caída chocó contra el borde de su mesa de despacho.

Cayó como un fardo con la espalda contra el suelo y los ojos desmesuradamente abiertos.

Medina se acercó aterrado. Luego, arrodillado junto a él, comprobó que Frank Martino estaba muerto.

CAPÍTULO XV

ERAN las diez de la noche del mismo día.

En el Palace Springs, Dan estaba sentado a la barra consumiendo un whisky mientras charlaba con una turista.

A pesar de las marcas de su rostro ejercía su habitual atractivo físico.

—¿No me digas que te has tirado en una piscina sin agua como el chiste del loco? —reía la joven.

—Algo parecido.

—No eres muy hablador.

—Espera a que me dispare.

—¿Vamos a bailar?

—Tal vez más tarde. O si no... —consultó su reloj, pensó que su cita con Johnny el retrasado tenía que ser mucho más tarde—. O si no vamos ahora...

Se levantaron de la barra en el momento en que apareció Rhonda que bajaba de la habitación de Gary.

—Ya veo que va sintiéndose mejor —sonrió ella al pasar junto al joven y su pareja y observó a la compañera de Dan con esa mirada entre celosa y despectiva que algunas mujeres se intercambiaban entre sí.

—¿Ya ha terminado la correspondencia?

—Sí. Pobre Gary. Está deshecho.

—Todos estamos lo mismo.

—¿Nos vamos a quedar charlando? —terció la turista.

—Ve delante, Mary. Me reuniré luego contigo.

—Una bonita forma de quitarme de en medio —repuso la

llamada Mary, alejándose.

—Siento haberle hecho perder una conquista.

—¿Cree que estoy para esas cosas?

—¡Oh, lo siento! He hablado demasiado... Perdóneme, Dan. Creo que no me daba cuenta de lo mucho que Laura significaba para usted.

—Olvídelo. No tiene importancia. ¿Quiere tomar algo?

—Debo irme ya. Es muy tarde.

—Puedo acompañarla si quiere.

—No. Prefiero ir sola.

—¿Tiene coche?

—Gary ha llamado un taxi. Ya no puede tardar.

En aquel momento uno de los camareros del exterior entró corriendo. Detrás iban otras personas. En el exterior una mujer lanzaba gritos histéricos.

O'Banion salió de alguna parte y habló con el camarero. Se formó un pequeño tumulto.

—¿Qué diablos ocurre? —preguntó el detective como si se formulara la pregunta a sí mismo. Y avanzó seguidamente hacia el grupo.

O'Banion estaba dando instrucciones.

Ni siquiera pareció darse cuenta de la presencia de Dan. El camarero, al que ahora se habían unido otros servidores del hotel, incluido el portero, estaba informando de lo ocurrido.

O'Banion dijo al director:

—Por favor, no quiero publicidad y evite que la noticia se propague.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Dan, acercándose a O'Banion.

El presidente de la cadena hotelera se volvió hacia el joven para contestar muy a pesar suyo.

—Han encontrado muerto a un hombre... Abajo, estrellado contra las rocas.

* * *

Había un ascensor directo desde la planta baja del hotel hasta el borde del mar, junto a la última piscina lindante con el Pacífico.

Se había congregado un grupo de gente que aterrada miraba el cadáver pegado al suelo, estrellado contra las rocas y bañado en su propia sangre, que las olas barrían con su rítmico vaivén.

Algunos camareros procuraban que la gente no se acercara.

—Por favor, señores... No permanezcan aquí. Por favor, vuelvan arriba. La policía no tardará en llegar.

Dan se aproximó pasando por entre los camareros que formaban una improvisada cadena.

El rostro del muerto estaba ligeramente inclinado, mutilado por el golpe que había reventado su cabeza. No obstante su faz era inconfundible.

Se trataba de Johnny ¡Johnny, el retrasado mental!

* * *

—Le han matado para que no hablara. Esto no ha sido un accidente.

Gary pegó un salto. Hasta entonces había permanecido sentado en la cama escuchando la noticia que le transmitió Dan.

—Pero, ¿quién más sabía lo de vuestra entrevista?

—O'Banion...

—Es verdad.

—Tú se lo dijiste, ¿no?

—Sí, pero...

—Debiste haberte callado, Gary. Yo nunca me fie de O'Banion.

—No puede ser él, Dan... Ya no quedaría casi nadie en quien confiar.

—De acuerdo. No queda nadie en quien confiar, pero yo me he quedado sin saber lo que Johnny tenía que decirme... Ahora estoy seguro que él vio algo. «Algo» que ocurrió en aquel tramo de carretera secundaria... Vio algo que me lo hubiera confesado y que posiblemente nos hubiese dado la clave.

Gary quedó sin respuesta.

—Procede como quieras, Dan —dijo tras un silencio—. No pondré las manos al fuego por nadie.

* * *

Dan había salido como una exhalación para dirigir mi a la extraña vivienda del subnormal.

Apenas llegó vio a O'Banion que acababa de salir

—¡Eh, amigo! Creo que usted y yo tenemos algo de que hablar.

—Déjeme en paz, Dan... Ahora déjeme. Esto es el fin del hotel. Han ocurrido demasiadas cosas.

—De las cuales usted sabe más de lo que dice.

—¿Qué trata de insinuar? —O'Banion replicó como lo que era, un personaje que se sabía importante, respaldado por su enorme prestigio, por su situación económica que le colocaba entre los más ricos y poderosos del Estado de California.

—Entre, O'Banion. Puede que le interese saber que esta tarde estuve aquí.

—¿Qué?

—Cuando usted entró y sostuvo una nada amistosa conversación con su hermano.

—Usted...

—Sí. Vamos. Entre...

Le obligó a empujones a meterse en aquella especie de almacén y le hizo seguir hasta el cuarto que había ocupado el subnormal.

—No tengo por qué consentirle... —empezó.

—No está en situación de gritar, O'Banion. Yo oí claramente cómo amenazaba a su hermano. Porque sé que era su hermano.

O'Banion se dejó caer sobre el taburete, mientras Dan, fugazmente, trataba de encontrar algo distinto en la habitación. Algo diferente de lo que había visto aquella tarde, sólo unas horas antes.

Seguía el desorden. Los libros, las fotos, los negativos.

Todo, en apariencia, continuaba igual. Todo y sin amargo...

Dan consideraba que había muchas clases de desórdenes. Montones de papeles podían aparecer tirados como por azar y sin embargo guardar un orden... Algo así como la organización dentro de lo desorganizado, pensó en su propia casa. Todo andaba revuelto, pero él siempre sabía dónde encontrar lo que buscaba.

Se dijo que en la habitación de Johnny alguien había estado revolviendo, aunque a simple vista no se notara.

—Ayúdeme, O'Banion —dijo de pronto—. Si sabe lo que su hermano tenía, ayúdeme. Tengo la impresión de que alguien ha estado registrando... ¿Ha sido usted?

—¿Qué diablos quiere que yo pueda buscar entre esas porquerías? ¿Es que no lo ha visto...? Fíjese la clase de fotografías que hacía.

—Le gustaban las piernas de las mujeres. Era un ser subnormal, y usted tiene dinero suficiente para procurarle una vida de acuerdo con la situación y el estado en que su hermano se encontraba...

Vamos, O'Banion. Suéltelo todo. Dígame qué buscaba usted aquí o hablaré a la policía. Les diré lo que sé... Incluso le acusaré si es preciso.

—¿Acusarme...? ¿A mí? ¿De qué...?

—Del asesinato de su propio hermano. Porque no fue un accidente, y usted lo sabe.

—¡Está loco, Dan! ¡Está loco...! No sabe lo que dice... Yo jamás hubiese hecho una cosa así.

—Le amenazó, sin embargo.

—Me sacaba de quicio. Rondaba por el hotel, molestaba a los clientes... Pero yo jamás hubiese... ¡Dios mío! Usted no sabe nada... Déjeme. Acúseme si quiere. Es una locura, una locura.

—¡No se vaya! —le detuvo Dan—. Dígame si falta algo.

—¡Y yo qué sé! De veras, Dan... Déjeme en paz ahora.

—¡No, no! —espetó el detective sujetándole por las solapas—. No se librará tan fácilmente de mí. Porque no me impresionan sus lamentos. Hable. Estoy cansado de recibir evasivas.

—¡Suélteme, Dan!

—En cuanto haya hablado.

—¿Qué quiere que le diga?

—Todo, O'Banion Todo.

—Déjeme en paz.

—Está bien. Entonces diré al capitán lo que oí esta mañana... ¿Recuerda sus propias palabras, O'Banion? «Te echaré por el acantilado».

—¡No!

—Usted las pronunció.

—¡Dios mío!

O'Banion depuso su actitud y ahora parecía un hombre vencido. Se dejó caer de nuevo en el taburete.

—Tenga compasión. Guárdeme el secreto. Espero que pueda evitar la publicidad.

—Hable y yo decidiré.

—No podía internar a mi hermano. No podía declarar su... llamémosla enfermedad. Éramos socios en todo. No le extrañe. Cuando empecé no tenía nada. Todo el dinero era suyo.

—¿Quién dejó dinero a un subnormal? En todo caso para que le cuidaran, ¿no?

—Johnny no era hermano mío... Era hijo de un hombre muy rico. Me nombró su tutor, a condición de que cuidara de él de por vida. Si lo internaba, su dinero, que yo tenía que administrar, hubiese ido a parar a una institución. Yo... Yo no he hecho mal uso del dinero del pobre Johnny. Puedo probarlo...

—Era usted además su albacea testamentario.

—Sí. Pero nunca lo hice público. Me humillaba que los demás supieran el origen de mis bienes... Si yo hubiese faltado a mi promesa, si hubiese internado a Johnny, en caso de descubrirse lo habría perdido todo, incluso el dinero que gané en mis negocios. Todo era de Johnny, yo sólo podía disponer de un sueldo. Eso fue lo que acepté... hace ya muchos años. ¿Qué quiere saber más, Dan?

—De momento nada más. Lo más importante tenía que decírmelo Johnny.

—Johnny tenía la cabeza llena de fantasías. Poca gente le dirigía la palabra. Usted lo hizo y a él le cayó bien. Hubiese hecho cualquier cosa por no perder su amistad.

Tras un silencio, Dan inquirió:

—O'Banion. Si usted no ha matado a Johnny, ¿quién lo hizo?

—¿Por qué no puede haber sido un accidente?

—Porque no, porque está relacionado con la desaparición de Laura.

—Escuche, Dan... Quiero decirle algo para alejar toda duda de usted. Si sostiene que la desaparición de la hermana de Gary Powell tiene que ver con el negocio que pensaba realizar, busque en otra parte. Aunque Gary no pueda efectuar la compra, yo tampoco lo haré. La desaparición de Laura no me beneficiará, como tampoco puede beneficiarme la de Johnny.

—¿No?

—Tendré que dar la mitad de todo a una institución... No, Dan. Su pista está equivocada. Le doy mi palabra. Busque en otra parte.

CAPÍTULO XVI

DOS horas más tarde. Busque en otra parte.

Las últimas palabras de Adam O'Banion repiqueteaban todavía en la mente del detective que ahora dirigía el automóvil al Nueva Fórmula.

Tenía cuentas pendientes en aquella boite, y una pista que momentáneamente había dejado en espera de las revelaciones que esperaba obtener de Johnny. Revelaciones que el subnormal ya no podría hacer, llevándose su secreto a la tumba.

Detuvo el coche delante de la psicodélica boite y entró nuevamente en el local. Lo cruzó seguro ya del camino que tenía que recorrer.

Cuando el tipo de la casaca se interpuso lo apartó bruscamente de un empujón.

Subió la escalera. El guardián del rellano corrió a dar el aviso.

En la mal ventilada habitación estaban tres de los cuatro hombres, el luchador, Clancy y Marco.

—¡Está ahí! ¡Ha vuelto! —dijo el guardián.

Clancy sonrió.

—Ya os dije que volvería.

—¿Ha dado nuevas instrucciones el jefe? —inquirió

Marco jugueteando con los guantes que llevaban adheridos aquellos aretes de acero.

—Le he estado llamando y no contesta, pero ya dijo ayer lo que teníamos que hacer.

—Bien. Entonces le daremos una segunda ración... —sonrió Marco enfundándose los guantes.

Dan estaba ya en el rellano observando al guardián que había vuelto a su sitio.

—¿No quiere fuego hoy, amigo? —preguntó el detective.

—¿A quién busca?

—Apuesto a que ya lo sabe... Vengo a por mi encendedor. Ayer lo perdí.

—Yo que usted me largaría.

—Un buen consejo. ¿Verdad? ¿Ya les ha avisado?

—No sé de qué me habla.

—Voy a refrescarle la memoria —sonrió Dan y actuó tal como se había propuesto.

Aunque veinticuatro horas no le habían hecho recuperar la plenitud de su forma, se había hecho el propósito de ser el primero en dar y el guardián era un buen entrenamiento.

Le sacudió en el hígado obligándole a inclinarse. Luego utilizó dos certeros y precisos golpes de karate. Su antagonista quedó tumbado como un fardo.

Era el primer round. Luego continuó el camino, pero no se dirigió a la puerta del fondo sino que, orientándose, eligió la de la izquierda. No se equivocó al ver que se hallaba en la habitación rectangular y mal iluminada donde la noche anterior fue vapuleado.

Corrió con sigilo hasta el otro extremo, donde estaba la entrada de la habitación de la mesa en el centro y los ventiladores. Oyó ruido y vio que alguien accionaba la manivela de la puerta y rápidamente se situó tras ella.

Entró un hombre solo. Era el luchador y su misión, por lo visto, consistía en dar una ojeada.

Dan aprovechó que el tipo estaba en el umbral para cerrar la puerta con fuerza.

Le pilló en medio y el luchador fue contra el marco golpeándose la cabeza.

Dan tiró con fuerza de él, como le habían hecho la noche anterior a él mismo.

El luchador, cogido a contrapié, rodó por el suelo y Dan se apresuró a asegurar la puerta para que no pudieran abrirla desde el otro lado. Puso el seguro y se encaró con el luchador que se incorporaba como una fiera presta a saltar sobre su presa.

Lo hizo. Saltó como pudiera haberlo hecho un tigre, pero Dan

supo evitar la embestida y el mastodonte fue contra la puerta. Su cabeza resquebrajó la madera. Dan le golpeó con el dorso de la mano arrancando una exclamación de su contrincante que todavía consiguió levantarse y trató de derribar al detective lanzándose a sus piernas.

Los otros intentaban forzar la puerta mientras Dan, haciendo un salto extraño, enganchaba la cabeza del luchador entre sus pantorrillas, aprisionándole el cuello. Luego le soltó para propinarle una patada en el rostro. Quería asegurarse de que no podría volver a molestarle en mucho rato y lo levantó en un alarde de fuerza para sacudirle hasta cuatro directos en el hígado, mentón, abdomen y rostro.

El luchador cayó como un bulto arrojado desde lo alto.

Marco entraba por la otra puerta y se ponía en guardia. Sus guantes eran la mejor defensa.

Dan se revolvió aproximándose con cautela. Sabía que ante todo tenía que evitar ser alcanzado.

Marco, el de la cicatriz, le aguardaba. Cuando le tuvo cerca esgrimió los puños y Dan abrió la guardia deliberadamente.

Marco atacó, pero el detective ya tenía prevista la forma de esquivar el golpe y pasó al ataque con una llave que le permitió voltear a su antagonista. El de la cicatriz no estaba preparado para sufrir aquel castigo y cayó en mala postura. Cuando quiso levantarse, el detective le golpeó el cuerpo con la rodilla de forma brutal y aprovechando el desconcierto de su rival le incorporó de un gancho capaz de derribar a una mula. Marco dio una extraña voltereta y fue a parar nuevamente contra el suelo sin apenas aliento.

—Levanta, levanta... No he terminado contigo.

Desde el suelo, el de la cicatriz vio la barra de hierro y quiso cogerla, pero Dan, dándose cuenta de su acción, se la arrebató en el momento en que Clancy entraba dispuesto a intervenir, pero amparándose en un revólver.

—¡Quieto! —ordenó.

La reacción de Dan fue fulminante. Accionó la barra y golpeó a Clancy que logró esquivar, pero no pudo evitar que el arma se le cayera.

Al verse sin la pistola y sin nadie que le protegiera, decidió huir.

Marco intentaba levantarse, pero Dan le derribó de una patada brutal en el rostro. Luego le levantó casi en vilo, pero el de la cicatriz había perdido ya el sentido.

—Tienes menos aguante de lo que imaginaba.

Le lanzó contra el suelo y a su vez se precipitó hacia la salida.

El guardián seguía inconsciente y Clancy estaba ya abajo abriéndose paso entre los frenéticos danzarines que seguían aquel ritmo ensordecedor bajo las luces de pesadilla.

—¡Espera, amigo! —gritó Dan—. Me debes el encendedor.

Y a codazos el detective también se abrió paso.

El de la casaca trató de cerrarle el paso, pero a Dan le bastó una hábil llave para lanzarlo contra la pista.

Se oyeron protestas y un melenudo se lio a puñetazos.

—Creían que los hippies erais pacíficos —sonrió Dan.

Otros se las entendieron con el que había empezado los golpes. En pocos momentos la pista se convirtió en un improvisado ring, al menos para unos cuantos. Otros observaban con expresión estúpida el altercado.

Dan pudo alcanzar a Clancy que se revolvió con ánimo de sacudirle.

—No, amigo... Ahora me toca a mí. —y el detective, tras esquivar el golpe, le sacudió en el rostro lanzándolo contra un adorno de cartón piedra que simulaba una estatua alegórica al dios del placer. La simbólica estatua quedó agujereada mientras Clancy intentaba incorporarse.

Otro melenudo furibundo quiso arremeter contra el detective que se limitó a zancadillearle y el otro, perdiendo el equilibrio, cayó sobre otro velador.

La tumultuosa pelea continuaba ya en todos los rincones ante la pasividad de unos cuantos.

Clancy trató nuevamente de huir, pero fue alcanzado otra vez por Dan que esperó a que se volviera para lanzarle contra otra pared simulada que cayó al recibir el impulso del cuerpo de Clancy.

Las chicas —*gogo-girls*— que bailaban en lo alto de los tambores tuvieron que desistir porque uno de los tambores había quedado destrozado y la muchacha que estaba encima cayó con él.

El otro tambor cayó de lado y la *gogo* saltó sobre las parejas convertidas ahora en boxeadores.

Otras paredes ficticias caían y el local poco a poco recobraba la fisonomía de viejo almacén que debía tener antes de ser decorado.

Dan endilgó dos buenos golpes a Clancy que midió el suelo por enésima vez. Seguidamente le inmovilizó colocándose sobre su cuerpo.

Se hallaban en un rincón.

—Antes querías disparar, amigo... Bien... No tengo por qué tener miramientos. Mañana aparecerás flotando en el Pacífico si no sueltas todo lo que quiero saber. ¡Empieza! ¿Qué hay de Laura?

—No sé de qué me hablas.

Dan le abofeteó con furia salvaje.

—Procura contestar algo concreto.

Clancy se dio cuenta de que la cosa iba en serio y se apresuró a exclamar:

—Nosotros no hemos tenido nada que ver. Te lo juro... Martino nos dio órdenes de vigilar a los Powell, Marco se encargaba de ello. Sólo pretendíamos asustarles... en el momento oportuno, pero después la desaparición de la chica, Martino desistió del asunto. Esta es la verdad.

—Ibais detrás del negocio, ¿no?

—Sí. Pero te repito que Martino desistió. No tiene nada que ver con esa desaparición.

—¿Por qué me recibisteis tan «ceremoniosamente ayer»? ¿Quién os dio el soplo?

—El Gafas.

Nueva bofetada de Dan al rostro de Clancy.

—¡Es la verdad! Pregúntaselo... El jefe sabe que es un confidente y le utiliza. Nosotros tenemos que obedecer. Martino es duro de pelar... Y eso va por ti también, Dan. Será mejor que te largues.

—Me iré cuando me parezca, Clancy... Y procura no haberme mentido...

—La próxima vez será distinto. A Martino no le gusta que husmeen en sus asuntos.

—No habrá próxima vez —y como propina golpeó la mandíbula de su antagonista que quedó dormido en el acto.

Cuando Dan salió, tras él quedaban las paredes casi desnudas del local. Lo demás eran escombros y la pelea continuaba.

Al salir a la calle una muchacha ataviada con una extraña túnica

corrió tras él.

—¡Eh, lléveme con usted! Donde quiera... Pero sáqueme de ese nido de locos... ¡Están todos como chivas! Si aparece la policía por aquí les van a encerrar,

—¿Quién eres tú, monada?

—Me llamo Linda... ¿Pero qué importa el nombre? Le pido que me saque de aquí.

—Está bien, sube... Te dejaré donde quieras.

—Vivo en el centro.

—Yo voy más lejos y tengo prisa. Cuando estés cerca de tu casa me avisas y pararé, hoy no puedo gastar cumplidos.

—Vivo en la calle Santos, esquina a Stewart. Cae por la Free Way, número dos... ¡Uf, qué calor he pasado allá dentro...! —y como la cosa más natural del mundo se remangó la falda de la túnica abierta por los lados dejando al descubierto un extraño tatuaje en el muslo.

—¿Es moda pintarrajearse así? —inquirió Dan sin dar demasiada importancia a las bonitas piernas femeninas.

—¡Qué va! Es para disimular la cicatriz. Tenía que dar demasiadas explicaciones, que si me caí cuando era niña, que si esto, que si lo otro... Ahora hay algunas que se ponen calcomanías y cosas raras... Hay que ir al día, si no a una no le hacen caso... Cuando llego a casa me quito esto y en paz.

Dan apenas la escuchaba. Pensaba en su conversación con Clancy.

Poco después, cuando la muchacha le dijo que ya podía parar, al bajar del coche y agradecerle el trayecto repitió:

—No se olvide. Santos, número dieciséis, es una calle pequeña, esquina a Stewart.

El agitó la mano en señal de despedida y continuó rumbo al hotel.

CAPÍTULO XVII

DOS de la madrugada.

Clancy acababa de enterarse de la muerte de Frank Martino.

—Fue Medina. Vino a visitarle —informó uno de los guardaespaldas—. Antes de salir llamó por el interfono, fingió la voz del jefe y dijo que cuando Medina saliera no le estorbásemos... Por eso no nos hemos dado cuenta antes.

Clancy murmuró:

—Si denunciemos a Medina se abrirá una investigación que no conviene a nadie.

—Ya lo hemos pensado. Y Medina cuenta con ello sin duda, pero ya veremos lo que deciden los otros jefes.

—Habrà que convocar una junta, sin embargo... Tengo una idea... Hay que sacar el cuerpo de Martino de ahí.

—¿Dónde quieres llevarlo?

—Venid conmigo. Tengo una idea...

El plan de Clancy era llevar el cadáver al Nueva Fórmula.

* * *

En el Palace Springs la policía todavía no había terminado de examinar la habitación que fue de Johnny.

El capitán daba las últimas instrucciones a su gente.

El cuerpo del subnormal ya había sido retirado y con alguna dificultad se pudo dibujar el lugar donde había caído.

Los técnicos establecerían posteriormente el sitio exacto que había dado el salto, ya fuera por empujón o por simple accidente.

Dan se abrió paso para hablar con el capitán rodeado de su gente y de personal del hotel que había sido interrogado al

respecto.

—Quería hablar con usted, Dan —dijo apenas verle—. Gary me dijo que el muerto pensaba revelarte algo... Y que usted estuvo en su habitación.

—Sí, así es.

—¿Cómo estaba el cuarto?

—Revuelto, pero juraría que alguien lo ha revuelto más...

—Como no fuera un maníaco... ¿Qué supone que podía buscar allí?

—No lo sé.

—¿Tiene idea de lo que iba a revelarle Johnny?

—Algo que vio en el lugar donde Laura desapareció.

—¿Por qué no llegó a decírselo?

Dan buscó alrededor hasta encontrar el rostro de O'Banion. Si decía por qué el subnormal había interrumpido la confesión, tenía que mencionarle a él.

—Será mejor que hablen en mi despacho —dijo O'Banion—. Yo también tengo algo que decir.

Más tarde, reunidos los tres hombres solos, Adam O'Banion declaraba al capitán lo mismo que horas antes, había confesado a Dan.

—Bien... Espero no tener que utilizar esa declaración, Adam —comentó al final el policía.

—Pensé que nunca tendría que revelarlo a nadie, pero no quiero que nadie pueda sospechar que yo... tuve algo que ver.

El capitán se puso en pie.

—Dan —dijo—. Estoy pensando en lo que dijo antes. Sobre que la habitación del pobre Johnny pudo haber sido... registrada. ¿En qué se funda?

—En nada en concreto. No sé...

—Usted vio la colección de fotos, ¿no?

—Sí. Una de ellas era de Laura. La reconocí por el mismo vestido que llevaba, el de los jirones encontrados en el acantilado.

—¿Y qué?

—Pues no sé... pensaba en que alguien podía haber ido a destruir una prueba.

—Había por lo menos mil fotografías de pantorrillas de mujer, ni un solo rostro. Es difícil reconocer unas piernas. No creo que el

móvil haya sido destruir ninguna prueba... Al menos que sepamos.
¡Vaya usted a calcular las fotos que puedan faltar!

—Sí, claro, claro... —en su mente trataba de germinar la luz definitiva, pero no llegaba. La idea clara no aparecía por completo, sin embargo...

* * *

Aquella noche, a solas consigo mismo, pensaba en los que estaban encartados como posibles sospechosos:

Martino (él ignoraba que estuviese muerto).

Adam O'Banion... Sí, a pesar de su cambio de actitud... ¿Qué más ocultaba?

Claro que necesariamente no tenían que ser los autores materiales. Podían haber dado el encargo a otros...

De repente tuvo una idea que le hizo saltar de la cama

CAPÍTULO XVIII

LAS seis de la mañana siguiente.

Sandro, el Gafas, bajó del autobús en la esquina y se dirigió hacia el almacén, pero antes de que pudiera llegar, Dan salió del coche donde le había estado aguardando y arremetió contra él obligándole a entrar en una de las puertas de servicio de la central distribuidora de carnes.

Lo metió en un frigorífico sin soltarle.

—No se puede esperar nada de un traidor, ¿verdad, Sandro?

—Lo... Lo siento...

—Incluso te dejaste golpear para que yo no pudiera sospechar...

—Martino me matará al menor paso en falso. Me lo advirtió.

—¿No será por conservar tu sucio empleo?

—Dan... Yo... yo pretendí avisarte.

—Escúchame bien, rata asquerosa... Ahora tienes tiempo de rectificar... Elige entre las represalias de Martino o las mías. Elegiste mal árbol donde arrimarte, muchacho, porque pronto va a ver una tala importante, así que te conviene hablar.

Le soltó para abofetearle.

—Esto para que entres en calor, y ahora dime...

¿Quién hizo desaparecer a la muchacha? Y ya sabes de sobra a quién me refiero.

Sandro estaba como atontado.

—¿O acaso fuiste tú mismo?

—¡No, no! —protestó el Gafas.

Nadie podía oírles allí dentro a una temperatura de veinte grados centígrados bajo cero.

—Entonces habla... Tuvo que ser uno de ellos... ¿Marco? ¿El luchador? ¿Clancy?

* * *

Una hora y treinta minutos más tarde.

Dan regresó al hotel y se encontró con una desagradable sorpresa.

El capitán le esperaba y le hizo entrar al despacho de O'Banion.

—Le dije que se anduviera con cuidado... Pero ya veo que se ha despachado a gusto.

—¿De qué me habla?

—¿Conoce un local llamado Nueva Fórmula? Le llaman el local de Starkie, pero en realidad es de Frank Martino.

—¡Oh!

—Al menos sabe de lo que le hablo, ¿no?

—Mire, capitán. La otra noche había perdido un encendedor y fui a buscarlo.

—Sí. Y se cargó todo el local; pero esto no es todo. Hay un muerto.

—No me extraña, aquello parecía la guerra.

—El muerto es Martino.

—¿Eh?

—Todos le acusan a usted...

—¿Esa pandilla de canallas?

—Son varios los que aseguran que usted golpeó a Martino.

—En vez de acusarme, capitán, ¿por qué no hacen un registro? Encontrarla toda clase de drogas, estoy seguro.

—Allí no hay drogas. Martino no es tan idiota. Ya ha sido registrado su local otras veces. Él no puede impedir que la gente vaya allí drogada.

—Eso es lo que dice.

—Lo que decía... porque no está.

—Oiga, capitán...

—No, escúcheme usted..., pero por el camino, luego continuaremos en mi despacho oficial.

—¿Es que piensa detenerme?

—De momento, interrogarle. Luego ya veremos lo que decido.

Estaban solos los dos, nadie podía oírles y por ello Dan murmuró:

—Capitán... Deme unas horas Creo que ya sé quién es el asesino.

—¿El asesino de quién?

—De Laura.

—No está probado que haya sido asesinada.

—Lo está, capitán... vengo de hablar con alguien... que no me hubiera mentido dos veces.

—No me haga descifrar charadas, Dan.

—Escuche... Es una historia increíble, sólo me faltan unos detalles para comprobarla, pero necesito su colaboración.

—¿Quiere ganar tiempo?

—Capitán... ¿Piensa de veras que yo liquidé a Martino? ¿Me cree tan imbécil para ir a uno de sus garitos y hacer tanto ruido...?

—Hábleme de su sospecha

—No lo va a creer. De veras... Lo he tenido todo bien claro y ante mis propias narices todo el tiempo, y la clave, como yo decía, era Johnny, y ahora ya sé lo que vio Johnny allí. Escuche, capitán...

* * *

Una hora después.

Adan O'Banion tomaba el desayuno en una de las terrazas reservadas. Dan subió con un sobre en la mano.

—Perdone que interrumpa su desayuno, O'Banion. Tal vez le interese saber que Johnny, antes de que le mataran, tuvo tiempo de escribir lo que pensaba decirme por la noche y echó la carta al correo. Acabo de recibirla.

O'Banion miraba fijamente al detective.

—¿Quiere que se la lea?

—Sí.

—Bien..., aquí dice que aquella mañana, cuando Laura llegó al desvío, lo tomó sin que nadie le obligara a hacerlo. Allí había otro coche, no importa ni la marca ni el color. Laura cambió de vehículo... Bueno, antes hizo algo que debió impresionar mucho a Johnny... Se quitó el vestido y ella misma lo hizo jirones dejándolos entre los setos... Por último abandonó el coche y rápidamente desapareció.

—¿Esto es todo?

—No, no es todo. Verá, antes de que se fuera, se puso otro vestido e hizo algo más. Se quitó una preciosa peluca que llevaba y sus llamativas gafas de sol... Porque según han dicho todos, llevaba

unas grandes gafas de sol. Claro que a Johnny esos detalles no le interesan demasiado. A él le interesaba lo «suyo» y sacó esa otra fotografía utilizando el teleobjetivo.

Dan, que no había mostrado la carta a O'Banion, enseñó en cambio la foto. No podía verse demasiado bien si la mujer estaba cerca de un coche o no. Lo importante era lo que se veía. Unas piernas, claro, hasta bastante más arriba de la rodilla, pero sin el detalle de la falda.

—¿Y qué prueba eso?

—Mire, O'Banion, desde ayer que tengo el presentimiento que se me escapa algo... Pero de pronto... Primero las fotos de Johnny, no parecían tener ninguna importancia, pero luego, casualmente, anoche, llevé a una chica y me habló de no sé qué cicatriz en una pierna. Cuando esta mañana alguien me ha asegurado que nadie del clan Martino tenía que ver con lo de Laura, ya sólo me quedaban dos personas de quien sospechar.

—¡Yo no tuve nada que ver! —gritó O'Banion.

—Es posible que no... Pero ahora va a hacer todo lo que yo le indique. El capitán está de acuerdo conmigo...

* * *

Y otra hora más.

—Será sólo un momento —dijo Dan al capitán que había detenido su coche delante del apartamento de Rhonda.

El detective subió rápidamente y Rhonda abrió enseguida la puerta.

—Vengo a despedirme...

—¿Se vuelve a Los Ángeles?

—Después de que aclare cierto asunto en el despacho del capitán.

—¿Pasa algo?

—Estoy en un lío... Bueno, tengo tiempo para aceptar un whisky si es que tiene.

—¡Oh, claro!

Poco antes de esta escena, O'Banion, siguiendo las instrucciones de Dan, mostró a Gary la carta de Johnny. Y la fotografía.

Gary espetó:

—¿Y dónde está Dan?

—Se lo llevó el capitán. Creo que se ha metido en un lío.

—Bien, gracias por todo, señor O'Banion. Iré a ver al capitán... Me gustará poder ayudarle, hasta ahora ha trabajado para mí. Es hora de que yo pueda hacer algo por él.

—¿Y qué piensas hacer?

—Interceder por él... Y además... conocer el final de esa historia. Hasta luego, señor O'Banion.

Y Dan se estaba tomando el whisky en el apartamento de Rhonda. Alargó la entrevista algún tiempo y al fin dijo:

—Voy a marcharme... Por cierto, quería pedirte un favor... ¿Puedes levantarte un poco la falda?

—¡Qué tontería! ¿Es un capricho?

—No, Rhonda. Verás..., aquel pobre retrasado mental me mostró la foto que te hizo anteanoche con el flash, y luego la de Laura. Había algo familiar en las dos fotos, algo que al principio no supe apreciar porque las poses eran distintas y diferentes los vestidos, pero luego recordé algo... el tobillo.

—¿El qué?

—En las fotografías el tobillo era idéntico. El izquierdo. Algo saliente. ¡Como el tuyo!

—¿Qué?

—Las piernas que retrató Johnny correspondían a la misma mujer —ahora el detective hablaba en tono imperativo—. No fue Laura la que estuvo aquella mañana en el hotel, sino usted, con una peluca que la asemejaba al cabello de ella y las gafas de sol que disimulaban su rostro...

—¡No!

—¡Muéstreme sus piernas! No son tan bien hechas como las de su prima...

En aquel instante sonó el timbre. Dan sacó un revólver y se ocultó a un lado, protegido por un cortinaje.

—Cuidado con lo que hace. Dispararé si intenta algo...

La voz de Gary sonó al otro lado.

—Abre, Rhonda, de prisa.

Ella se llevó las manos a la boca ahogando una exclamación. Comprendía que había caído en la trampa. Abrió ante el temor del arma que la apuntaba.

Gary entró como una exhalación.

—Nos han descubierto. Ese imbécil de subnormal escribió una

carta a Dan y...

Ella se retiró negando con la cabeza, comprendiendo que Gary iba a descubrirlo todo.

—¿No lo comprendes? Te vieron cambiar de coche y romper el vestido y...

Entonces Gary cayó en la cuenta.

Era demasiado tarde. Cuando alcanzó la puerta para huir se encontró con un agente que le cerraba el paso.

Del ventanal que comunicaba con la escalera de incendios salió el capitán que había permanecido oculto.

Otros dos agentes estaban con él en la pequeña terracita.

—Bueno, señor Powell... Creo que ha llegado el momento de que nos aclare ciertos puntos todavía oscuros.

EPILOGO

DÍAS después un pescador declaró que sus redes se habían enganchado con algo, y al arrastrarlo, apareció un cadáver. Aquello confirmó lo que Dan había previsto.

Laura había muerto antes de aquel viaje a Los Ángeles... Asesinada. Asesinada por su hermano.

—Fue un accidente, fue un accidente —no cesaba de repetir Gary.

—Pero el accidente —aclaró el capitán con los datos casi completos— vino porque Laura Powell descubrió que su hermano había aprendido a falsificar su firma y era quien firmaba los cheques que luego Rhonda, vestida de hombre, o disimulando su rostro, iba a cobrar... Bueno, como no podía demorar su entrevista con O'Banion para no levantar sospechas, lo aprovechó para poner en juego su plan. Laura haría su última aparición en la vida. ¿Quién la conocía en Los Ángeles? Nadie. Pues bastaba una muchacha que anatómicamente pudiera parecerse a ella. Al fin y al cabo su actuación tenía que ser muy breve. Luego le llamó a usted para poder manejarlo mejor. Y al mismo tiempo estar al corriente de lo que pudiera descubrir. Por último quiso desviar las sospechas lanzándolo contra Martino.

—Sí, pero no contaba con los tobillos. Laura los tenía normales. En cambio, los de Rhonda estaban ligeramente hinchados.

—En la época de la minifalda, ¿cree que alguien puede fijarse en unos tobillos? Dé gracias a ese pobre infeliz que murió...

—¿Confesó Gary ese crimen?

—No fue Gary, fue Rhonda —aclaró el policía—. Se acercó a él

pidiéndole que le hiciera una fotografía y cuando el hombre estaba más entusiasmado... Lo empujó.

—Bueno, capitán... Llevo una semana de más en Los Ángeles. ¿Qué hay del asunto de Martino?

—Los testigos han desaparecido. ¿No sabe la noticia? Han cogido a Medina con las manos en la masa.

—¡No me diga!

—En San Francisco. Hum, estupefacientes, los más modernos. Se le va a caer el pelo... Y por lo visto, los compinches de Martino tienen miedo que esta detención pueda acarrearles consecuencias y han huido. Esto le libra.

—Los polizontes nunca dan las gracias. ¿Eh, capitán? Aunque de un modo indirecto, yo he contribuido un poco a desarticular las bandas. Ahora a ustedes sólo les resta completar el trabajo.

—Que no será fácil, pero si le sirve de consuelo... gracias, Dan. Por cierto. ¿Se va ahora mismo?

—Bueno: En una ocasión una chica me invitó a su casa, creo que dijo calle Santos, esquina a Stewart... Luego sí regresaré. Alma, la esposa de Medina, necesitará consuelo... Echaré de menos a Laura... Pero ahora ya no se puede hacer nada...

—Oiga una pregunta... ¿Sospechó de Gary desde el primer momento?

—¡Qué va! Y con la excusa de que con la desaparición de su hermana era él el perjudicado, mucho menos... Pero el muy granuja ya se había procurado un anticipo con el dinero que consiguió estafar con la firma de Laura. Luego dejaría pasar el tiempo hasta que se diera a Laura por oficialmente muerta —hizo una pausa y añadió—: Cuando lo pensé de veras fue cuando ya no quedaba ningún sospechoso, entonces asocié las ideas, recordé las fotografías y traté de imaginar lo ocurrido...

—Y acertó en casi todo... En fin, Dan. Le deseo que todo le vaya bien. La trampa ha dado resultado. Ahora procure olvidar.

—Adiós, capitán.

Y Dan, ocultando su amargura, salió del despacho. Después pensó en la chica a la que iba a visitar, en la turista del hotel y en tantas otras chicas...

Se perdió entre la gente de la calle con las manos hundidas en los bolsillos.

Tomó un taxi para ir más aprisa.
—Santos, esquina a Stewart —dijo el chófer.

FIN

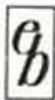


Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**

escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España